

llos hijos del desierto, que viven en tiendas y que no gozan otros bienes que sus rebaños y los frutos de sus latrocinios, fueron comprendidos por los antiguos griegos bajo el nombre general de *escenitas*, ó habitantes de tiendas, así como lo fueron en el siglo cuarto bajo el de *sarracenos* ó bandiños. Plinio, además, representa, al parecer, á los sarracenos como una pequeña tribu situada en el centro del desierto; pero Ptolomeo los extiende ya hasta los confines de Egipto, y Marciano los hace vecinos de Persia. Por último, Amiano Marcelino declara que todos los que antiguamente eran llamados escenitas se comprenden bajo la denominación de sarracenos. Esta reunión de nómadas, semejante á la de los wahabitas de nuestros tiempos, debía probablemente su origen á alguna doctrina religiosa desconocida, pues sólo es dado al fanatismo alterar las costumbres de los descendientes de Ismael, que consideraban como una impiedad comer carne ensangrentada, hasta el punto de inducirlos á beber sangre humana, y aun alimentarse con la carne de sus enemigos. Aquellas hordas feroces servían indistintamente á sueldo de los romanos y de los persas, y sus rápidas correrías iban siempre marcadas con los estragos del pillaje y de la destrucción. Consistía su traje en un turbante, unas botas anchas, y una tela ligera arrollada alrededor de la cintura; el pan y el vino les eran casi desconocidos, y sólo contraían matrimonios temporales, porque su vida no era otra cosa que una marcha perenne. La mujer llevaba en dote á su marido una tienda y una lanza.

De las costas de Arabia pasaban los antiguos, como ya hemos manifestado, á la India, y sobre todo á la península occidental, llamada por el periplo *Dachanabades*, nombre sanscrito con terminación griega, y que recuerda la denomi-

nación moderna de *Decan*. Sigamos circunstanciadamente los nuevos descubrimientos desde la desembocadura del Indo, donde nos hemos detenido con Alejandro el Grande. El verdadero nombre indígena de este río se manifiesta ya en el *Sindus* de Plinio y del periplo. Después del golfo de *Canth*, llamado *golfo de Kotck* por los modernos, el reino de *Larisa* abrazaba el Guzerat y el Malvah. *Barygaza*, hoy día Barotch, sobre el golfo del mismo nombre, ahora de Cambaya, era la ciudad de más comercio de aquel estado. Allí se trasportaban, hasta de las fuentes del Indo, la seda cruda y gran variedad de pieles de Escitia, siguiendo el camino de caravanas que pasaba por muchas naciones desconocidas, y probablemente por el gran desierto. En *Minnagara* residía un príncipe á quien el periplo da el título de *manbaros*, es decir, en sanscrito *mahabalara*, ó gran rey. La antigua capital Ougein era conocida de los griegos con el nombre de *Ozena*, de donde se exportaban varias clases de telas finas, piedras preciosas, y los *murrhina*, vasos de mucho valor, cuya naturaleza no han podido averiguar todas las investigaciones. Los *bittigi* de Plinio deben buscarse en el interior del Malvah y en el Sircar de Bidjeygor; el Sircar de *Soret* en Guzerat representa la *Syoustrene* del periplo y los *sirienos* de Plinio.

La Nerbedda, que en sanscrito lleva el nombre de *Narmada* y *Nammada*, es designada por Ptolomeo con el nombre de *Nammados*.

Al sur del estado de *Larisa* había una comarca llamada *Ariaca*, la que parece haberse extendido más por el interior que por las costas, y que corresponde poco más ó menos á las provincias modernas de Khandeych, del Daoulet-Abad y del Berar occidental. Ptolomeo conoció los ríos que la riegan, entre otros el Go-



davery, al que llama *Goaris*; pero, en lugar de marcar su dirección hacia el golfo de Bengala, los hace bajar hacia las costas del Malabar, error que debe atribuirse al falso sistema en que está basado su mapa. En Ariaca había la ciudad de *Tagara*, en la que se celebraba un mercado famoso por sus *sindones* ó indianas, y por sus *othonia* ó telas de algodón finas y groseras, que enviaban por tierra á Barigaza, y que, según el periplo, se hallaba á diez jornadas hacia el oriente de otra célebre ciudad mercantil llamada *Plutana*, en cuyos alrededores se encontraban ágatas cornerinas y otras piedras preciosas. Plutaua distaba veinte jornadas de Barigaza, adonde se conducían las mercancías atravesando montes escarpados, probablemente los que hoy día llamamos *Balaghat*. Este comercio no existe ya, pero los parajes citados por el periplo se encuentran todavía en la ribera meridional del Godavery. A 217 millas inglesas de Barotch está la ciudad de Pultana; y, si dividimos este número de millas por los veinte días, tendremos con corta diferencia 11 millas inglesas ó 5 coss de la India por día, que es la distancia ordinaria que las caravanas cargadas recorren todavía al presente. Como de Pultana á Tagara, Arriano y el periplo cuentan diez jornadas, se ve claramente que los griegos daban este último nombre á *Deoghir* ó Daoulet-Abad, antigua capital de aquellas comarcas, que por espacio de mucho tiempo fué famosa por sus pagodas y fortificaciones cortadas en la peña viva. Floreció mucho esta ciudad en el reinado de Scha-Jehán, que eligió á Aureng-Abad para capital de sus conquistas en el mediodía, decayendo Deoghir á medida que Aureng-Abad se iba elevando.

Es verdaderamente muy curioso que la parte de la costa de Malabar comprendida entre Goa y Bombay ha sido cono-

cida desde los tiempos más remotos con el nombre de *costas de los Piratas*, por la multitud de corsarios de que están infestadas, los cuales, encerrados en sus ensenadas y puertos, y rodeados de bajíos, espían desde allí las embarcaciones que los vientos variables obligan á costear, y muchas veces consiguen apoderarse de ellas. Los antiguos señalan en esta costa un grupo de islas llamadas *Heptanesia* por Ptolomeo y *Sesecrienas* en el periplo; la ciudad de *Harmagera*, sin duda el Gheriah de nuestros mapas; y la de *Nitrias*, que ha conservado casi íntegro su nombre con el de Niouty ó Newty. La costa de los Piratas corresponde al distrito de Concán; y, aunque los geógrafos árabes no hablan de estos corsarios por conocer mejor el Indostán propio de la península aquende el Ganges, desde el momento en que los europeos aportaron en estas costas estos corsarios han sido designados como un azote para el comercio. A mediados del siglo XII, Marco Polo encontró tan cuajada de piratas la costa del Malabar y tan poderosos, que estaban en estado de equipar cien embarcaciones para el corso, y en el siglo XVI los mogoles se vieron obligados á tener continuamente en estos puntos una escuadra, á fin de proteger el comercio. No inquietaban menos á los portugueses, á pesar de sus numerosas fortificaciones, cuando el viajero francés Pyrard estaba en la India á principios del siglo XVII. Hacían sus correrías, algunas veces con cien galiotas bien armadas, y no soltaban á los prisioneros sino mediante un fuerte estipendio. En el día los maratas han continuado haciendo el corso, bien que en esta costa se hallan piratas independientes, á los que Rennel denomina *malwans*, y que en el siglo XVIII se han hecho temibles hasta á las naciones europeas que hacen el comercio con las Indias, sin que considerables flotas



hayan logrado destruir sus guaridas. Tullagi-Angria, el más famoso de todos, fué cogido en Gheriah, su principal fortaleza, por el almirante Watson, en 1756; y, sin embargo, tampoco la poderosa Inglaterra ha logrado poner coto enteramente á sus piraterías.

Si desde Barigaza se navegan 7,000 estadios (de 1,111 al grado), al sur se encuentra la hermosa cuanto célebre bahía de Goa, en una provincia llamada *Sunda*. Allí es donde d' Anville hubiera debido buscar á *Tyndis*, plaza de comercio que ha creído encontrar en Sanda Rajapur, cerca de Bombay; pues aquella era la ciudad principal de la *Lymírica*, país que, según el periplo, estaba precisamente á esta distancia de Barigaza, y que corresponde al Canara moderno, y á una parte de Calicut. Esta comarca marítima, rodeada de montañas y del mar, era el mercado de la pimienta, cuya mejor especie crecía en una comarca llamada *Cottonara*; allí se compraban también los diamantes, las perlas, el marfil y demás producciones preciosas de la India meridional; y, ávida la Europa de estos objetos de lujo, llevaba allí sus tejidos de lana, su vidrio, cobre, plomo y sobre todo su oro. A más de *Tyndis*, que como la Goa de nuestros días parecía una gran villa más bien que una ciudad, la *Lymírica* contenía el puerto de *Muziris*, probablemente el *Mirzouh* de los mapas modernos, situado entre Onor y Barcelona. Pretenden algunos que *Barace* es *Barkur*, y *Nelcynda* *Nelliseram*; pero estos indicios no ofrecen ningún interés ni visos de certeza.

Los *aíes* ocupaban la parte más meridional de la costa occidental. Su país está comprendido en el *Malabar* moderno, llamado *ya*, en el siglo XVI de la era vulgar, *reino de Malé*; y, como Plinio conocía probablemente una parte de la cordillera de los Gates con el nombre de

*Maleus*, es de creer que los pueblos de esta comarca tenían ya en tiempo de Plinio el nombre de *mal-ayos*, ó montañeses, denominación que se da todavía á sus débiles restos, que habitan los montes Gates, y que ha sido inoportunamente corrompido por los viajeros griegos y romanos.

Doblando el cabo Comorín ó *Comaria*, se encontraban los *coliacos*, llamados también *colcos*, que habitaban en la célebre costa en que el intrépido buzo busca en el fondo del mar las ricas perlas que adornan la cabellera de las hermosas europeas.

Frente por frente de esta costa se extendía *Taprobana*, de donde salió una embajada que fué á rendir homenaje al emperador Claudio; y en medio de las ideas exageradas, absurdas, ó quizá mal comprendidas que Plinio pone en boca de los que formaban parte de ella, se observan algunos rasgos verosímiles sobre la riqueza de este país y las costumbres sencillas y pacíficas de sus habitantes. Es muy notable que, habiendo conocido los antiguos los magníficos elefantes y las piedras preciosas de esta isla, no citen entre sus producciones la canela ó el *cinamomum*. No debe, pues, extrañarse el ver la extensión de esta tierra singularmente exagerada, y su nombre desfigurado de muchas maneras, puesto que en Plinio y en el periplo se la encuentra con el nombre de *Palæ-Simundi*; mas la primera mitad de este nombre es un adverbio griego que significa *antiguamente*; el resto parece ser una forma corrompida de *Silundiv*, una de las formas del nombre índico de la isla. Un siglo más tarde, Ptolomeo la conoció con el nombre de *Salice*; en el XVI Cosmas aprendió el nombre índico *Selandiv*, pero le trocó por *Sielediva*: tan inclinados se hallaban los antiguos á desconocer los nombres que no halagaban sus desdeñosos oídos.



Siguiendo á los antiguos más allá de Taprobana, se aumentan las tinieblas, dejan de concordar las medidas, y las fábulas ocupan los vacíos del mapa. Sin embargo, los viajeros marcan bastante bien los ríos *Chaberís*, nuestro Cavery, y *Mesolus*, nuestro Krichna; y creése también reconocer en el Gadavery el *Adamas*, ó ribera de los diamantes; pero probablemente este nombre ha sido común á muchos ríos. Como entonces, no menos que hoy día, los reinos cambiaban de límites, el estado de los príncipes llamados *pandiones*, con la capital *Modura* ó *Modusa*, la moderna Madura, parece haber tenido ménos extensión en tiempo de Ptolomeo que en la época en que fué escrito el periplo del mar Eritreo. Los nombres de los pueblos pueden desafiar más que sus límites el curso de los siglos, y así vemos que los *soras*, ó *soringos*, ó *soretanes*, una de las principales naciones de esta costa, toman el nombre índico *Tchora-Mandalam*, reino de Tchores, de donde se ha formado Coromandel; mientras la comarca de *Mesolia* y la nación de los *calingas* se refieren á Masulipatam y Calingapatam.

En el interior y en el norte del Indostán nos marca Plinio una multitud de nombres de pueblos, sin ninguna indicación geográfica más útil que las noticias sobre el número de los elefantes, peones y jinetes que podían poner en campaña los *asangas*, los *megallas*, situados entre el Jomanes y el Indo; los *thaluctas* y los *andaras*, colocados al este del último río. A pesar de que no encontramos estos pueblos en Ptolomeo, único que hubiera podido darnos razón de su posición geográfica, si en lugar de Jomanes, que d' Anville piensa con razón ser el Djemnah de nuestros días, se leyese *Oidanes*, y en lugar de Indo, *Imao*; los párrafos de Plinio podrían tener alguna explicación; porque el Oidanes, ó Dyar-

danes, el último río conocido de la India, ha de ser ó el Burrampooter ó bien el río de Pegú, el Irauaddy, el *Daonas* de Ptolomeo. Admitida esta corrección, encontraríamos los *asangas* en el reino de Assam, los *megallas* en el Meckley, cuyos habitantes se llaman *mugallas*, y los *thaluctas* en las orillas del Taluán, en el Ava oriental.

Los nombres de Ptolomeo no indican frecuentemente sino una situación transitoria, puesto que las revoluciones políticas levantan y destruyen en un instante vastos imperios de que es imposible fijar los efímeros límites. Tal fué, sin duda, la que derribó el poderoso reino de los *prasisios*, que Ptolomeo nos da por muy reducido, al paso que los *caspireos*, en los que es bien fácil reconocer los pueblos de Cachemira, extendían sus dominios hasta *Gagasmira*, que corresponde al moderno Adjemyr. La misma confusión reina en lo que Ptolomeo dice sobre los países de la otra parte del Ganges, entre cuyos nombres no hay uno solo que concuerde con los de Plinio. Allí se hallaban los *korankalos*, que tanto por su situación como por su nombre corresponden al país de *Gorkha*, situado en las ramas del *Monte Imao*.

Los *bracmanos*, que d'Anville lleva hasta el Tibet, deben, según nuestro sistema, hallarse más al mediodía, donde se encuentran casi en la misma situación que los birmanes modernos.

Las comarcas lejanas, como *la región del oro*, la de la *plata*, y la gran ciudad de *Thinas*, no fueron conocidas de Plinio ni del autor del periplo sino de oídas. Más enterados debieron estar de la Sérica, con la cual los comerciantes griegos del tiempo de los reinos macedónicos en Asia establecieron un comercio de caravanas; pero sobre la posición de la Sérica sólo nos dice Plinio: «El *Oceano Sérico* baña el Asia al nordeste; en este



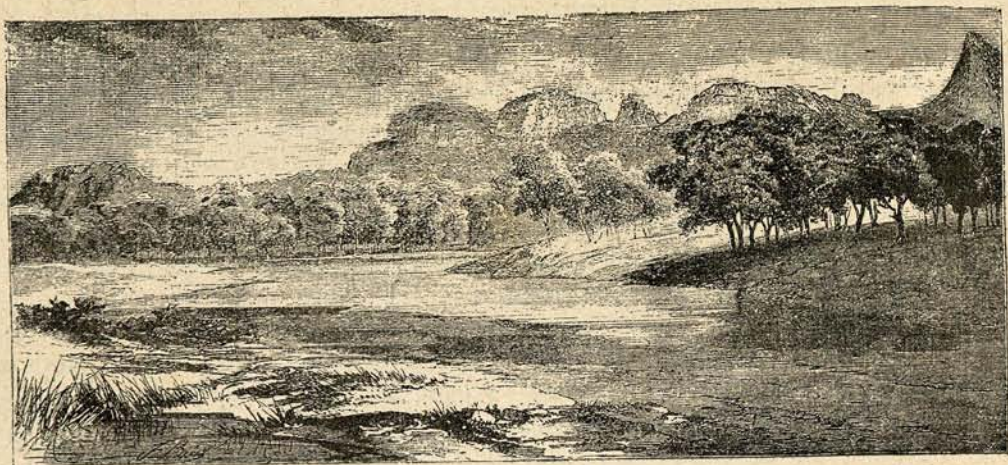
Oceano, entre los escitas y la India, estaban situados los *seros*, pueblos salvajes que vendían la seda en bruto á sus vecinos los indios.»

Reuniendo, después de nuestro análisis de Ptolomeo, todos los datos de los antiguos acerca de la Sérica, probaremos que este país no era otra cosa que el *pequeño* y el *grande* Tibet, con alguna parte de la India septentrional. Entretanto, y para que no se nos acuse de haber admitido nada arbitrario, haremos notar que Plinio considera la desembocadura del Ganges como el punto más oriental del Asia y del mundo conocido; que no ad-

mite más que un corto espacio entre el Oceano Sérico y el supuesto estrecho por el que hace comunicar al mar Caspio con el Oceano Escítico; y que tiene por cosa muy probable que los indios pudieran ser arrojados por una tempestad á las costas de Germania, y que, por una consecuencia forzosa, el Océano, según el sistema de Plinio, no menos que según el de Estrabón, ocupaba los dilatados espacios en que coloca la Siberia la geografía moderna, la meseta de Mogolia y la China, país de que los antiguos no tuvieron la menor idea.







## LIBRO ONCENO

Análisis de los conocimientos de Plinio y de Tácito sobre el norte de Europa.

**D**ISTINGAMOS, al empezar las descripciones del norte de Europa, lo que pertenece á la geografía primitiva y fabulosa, sin afanarnos en buscar los hombres con pies de caballo, ni los de orejas tan grandes que puedan servirles de cobertor, dejando á los pigmeos, á los grifos y á los omaspes un asilo en las tierras todavía desconocidas.

Lo mismo diremos de los *montes Rifeos*, condenados por Plinio, á la cuna de los vientos del norte y emporio del invierno, bien que á sus pies la harto feliz nación de los *hiperbóreos* gozaba en sus valles de una primavera perpetua, y sólo con una muerte voluntaria podían acabar la felicidad excesivamente monótona y prolongada de que disfrutaban aquellos hombres mimados por el cielo. Ya hemos hecho ver que tales montes Rifeos, con toda su cáfila de fábulas, iban viajando hacia el norte á medida que se fueron distinguiendo los Alpes, los Pirineos y

las otras montañas de Europa, al principio confundidas bajo aquella denominación general. ¿De qué nos serviría, pues, el buscar, con Rudbek y Freret, el país de los hiperbóreos? Ya dijo Píndaro: «No es á pie ni á bordo de ningún buque como se ha de encontrar la vía maravillosa del país de los hiperbóreos, á cuyos festines fué convidado Perseo; de este pueblo feliz, que al sonido del harpa y á los cantos de las vírgenes que marchan en procesión, se corona de laureles para celebrar las fiestas de Apolo; ni las enfermedades ni la vejez se acercan nunca á estos sagrados pueblos; no conocen los trabajos ni los combates. Némesis, la vengadora de los crímenes, no les hace sentir jamás su poder formidable.»

Todas estas maravillas, que la geografía poética, de acuerdo con el entusiasmo de los primeros viajeros, había acumulado en el occidente, fueron trasportadas



hacia el norte á medida que se conocieron mejor la España, las Galias y las islas Británicas. De aquí han resultado tantas dificultades inexplicables para aquellos que, olvidando el carácter poético de los primeros conocimientos y tradiciones, pretenden explicarlos al pie de la letra. Un sólo ejemplo citaremos. ¿Por qué se ha dado el nombre de *mar Cronium*, al principio, al mar Adriático, luego á los mares que bañan la Europa en el nordeste, y por último al Oceano septentrional, llamado también *Amalchium* ó helado, y *Pigrum* ó inmóvil?

Todas estas contradicciones aparentes se desvanecen luego que se toma el verdadero punto de vista para apreciarlas, y que se recuerda que *Cronos*, ó Saturno, padre de Júpiter y señor del mundo durante la edad de oro, ejercía en particular su gobierno sobre las islas Afortunadas del Oceano occidental, cuna de los mismos dioses; que en las mismas regiones occidentales coloca la mitología griega el combate de los Titanes, hermanos de Saturno, contra Júpiter y los dioses; y que, por último, también en una comarca de occidente, que es Italia, se presenta de nuevo *Cronos*, después de su caída, con el nombre de Saturno. Eran, pues, los mares occidentales, y hasta el mismo Oceano, al que los griegos querían designar con el nombre de *mar de Cronos* ó de *Saturno*, como nos manifiesta el autor de las Argonáuticas, atribuídas á Orfeo, diciendo que «los mortales llaman al Oceano, *mar Croniano Hiperbóreo* ó *Muerto*.» Esta inmovilidad, que caracterizaba al mar Croniano, era la que muchos poetas, y después el vulgo, atribuían al Oceano, que consideraban sin desagües, siendo del todo diferente de la congelación de los mares septentrionales. En una palabra: cuanto se dice de este mar de Saturno ó de la edad de oro, pertenece más á la mitología que á la geografía;

pero, al modo de todas las comarcas fabulosas ó mitológicas, el mar de Cronos ó Saturno fué sucesivamente trasladado hacia el extremo norte, donde los sabios modernos, tomándolo todo al pie de la letra, lo han relacionado con la *Groenlandia*.

Como los promontorios llamados *Columnas de Hércules* marcan la entrada del Oceano occidental, se concibe perfectamente que una antigua tradición mitológica las haya podido llamar *Columnas de Saturno*; y esta denominación dió después lugar á situar las *Columnas de Hércules* hasta en el fondo del norte, adonde se había poco á poco conducido el mar de Saturno. Allí es donde Druso intentó buscarlas, allí donde dos escritores del siglo quinto ó sexto conocían un estrecho de las Columnas que diferenciaban del de Cádiz. Esta confusión, que por sí misma se explica por lo que acabamos de decir, ha dado lugar á infinitas investigaciones de erudición por parte de aquellos que no distinguen nunca la geografía poética y popular de la de los viajeros y de los sabios.

Esta distinción, tan necesaria entre las tradiciones verdaderas y fabulosas, hubiera dispensado á los modernos como á los antiguos de muchas pesquisas inútiles, que han embrollado la geografía antigua del norte, si hubiesen creído al sabio Eratóstenes, que tenía por imaginario el Oceano de Homero, en lugar de empeñarse en señalar geográficamente el derrotero de Ulises, tan fabuloso como los encantamientos de Circe ó los sortilegios de Tiresias. Estrabón busca la bajada á los infiernos en los alrededores del Vesubio, y descubre en España una ciudad de *Odisea*. Solín da al nombre de la ciudad de *Olysipo* una alusión forzada del Rey de Ítaca, como en Caledonia un altar con inscripciones grabadas por este héroe; y á corta distancia encuentra has-





ta á *Ogygia*, ó la isla encantada de Calipso. El poeta Claudio nos dice conocer perfectamente una caverna de los Muertos en las Galias; y el mismo Tácito no se desdena de darnos cuenta de la opinión de los que hacían viajar á Ulises hasta el centro de la Germania para fundar allí la ciudad de *Asciburgium*. Los eruditos modernos se han aprovechado de este mal ejemplo dado por los antiguos, viéndoseles reconocer la isla de Circe en Zikirzée de Holanda, al pueblo de Songes en la Gran Bretaña, cambiando los hiperbóreos, por medio de un violento esfuerzo etimológico, en señores y barones suecos, y haciendo, por último, como un danés, que, después de haber demostrado la identidad de Ulises y Odino, ha conducido felizmente á su héroe hasta Malstrom de Noruega, que, sin duda, mejor que el estrecho de Sicilia, representa la fabulosa Caribdis de Homero.

Abandonándose á semejante hipótesis, se ha pretendido explicar por espacio de mucho tiempo la geografía de los antiguos, y la influencia de tales delirios se extiende hasta Cellarius, y, ya que es preciso decirlo, hasta d' Anville, que se atreve á comprender la Laponia en el mundo conocido de los antiguos. Nos ha sido, pues, preciso examinar las fábulas geográficas, y darles, por decirlo así, cierta importancia, quedando al presente desembarazados para exponer con más rapidez los verdaderos conocimientos de los romanos acerca del norte de Europa. Hé aquí los principales puntos. Como el curso del Danubio en Germania y Pannonia había sido descubierto por los ejércitos romanos, el Ister no corría en línea recta, y no provenía de Istria, como se ve en los mapas del tiempo de Aristóteles. Al norte del Danubio conociáse la Germania hasta el Vístula y hasta las orillas del mar Báltico, considerado como un trozo del Oceano, y en el cual la Es-

candinavia y la Thule de Piteas, habían sido colocadas como otras tantas islas. Por otra parte, se había dado la vuelta á la Gran Bretaña, y visitado las Orcadas y las islas occidentales de Escocia. Al nordeste del Danubio y del Ister se conocía desde luego á los dacios, acérrimos enemigos de los romanos; y más lejos, el nombre de *sármatas*, que se extendía desde el pie del Cáucaso hasta las orillas del Báltico, abrazaba también las antiguas naciones escíticas subyugadas por los sármatas. Creíase que el *Oceano Sármatá* (así se llamaba al Báltico) unía los Océanos Escítico y Sérico, con los cuales se suponía que comunicaba el mar Caspio; y hacia las orillas de este Oceano imaginario, en las llanuras de la Rusia central de nuestros días, se situaban los *montes Rifeos*. El Volga ó *Rha*, quizá en parte conocido, permanecía confundido con el Tanais, ó á lo menos no puede referirse al primero el pasaje de Mela, en que acaso deslizaron su nombre los copistas.

Vamos á desarrollar estas tesis generales, empezando por el este.

Herodoto conoció y describió los vastos establecimientos de los *escitas*, que en su tiempo dominaban en todas las comarcas del norte del Ponto-Euxino y del Palus-Meótides, lindando por un lado con el Danubio y por otro con el Tanais. Tucídides conocía aún este pueblo en el mismo punto, y lo considera como uno de los más numerosos de la Tierra. El ejército de Alejandro encontró á los escitas en Europa y Asia á la vez; y en la época de Mitridates *el Grande* aparecen por última vez en la historia de Europa como una nación independiente; puesto que, ayudado de los jácigas, de los roxolanos y de los bastarnos, parece haber sido este príncipe el que aniquiló el imperio escítico. Además de esto, su alianza con los bastarnos y los tracios, para penetrar en Italia siguiendo el Danubio,



prueba que los escitas no ejercían ya su dominación en las comarcas vecinas al Ponto-Euxino, mientras que todos los escritores posteriores que se precian de exactos sólo señalan en estas regiones á los *sármatas*, de quienes parece formaban parte los *roxolanos*, los *jácigas*, los *jaxamatas* y otros. Si los poetas y oradores continuaron llamando escitas á las naciones al norte del Ister y del Ponto-Euxino, fué sólo por costumbre é imitación. Y si los historiadores bizantinos resucitaron el nombre de escitas, lo aplicaron en general á todos los pueblos procedentes del nordeste de Europa y Asia. Los habitantes de los montes Carpatos, los godos y los hunos, fueron considerados sucesivamente como escitas. Habría, pues, una ignorancia imperdonable y mucha mala fe en querer dar un sentido real á una denominación evidentemente arbitraria, y reconocida por tal por uno de los más nombrados historiadores bizantinos. Desde la época de Mitrídates, la única cuestión que puede haber sobre los escitas es la de averiguar si están confundidos con los *sármatas* sus vencedores, ó si fueron exterminados por éstos, ó si, por fin, se refugiaron al nordeste, en el interior de la Rusia. Si se considera que las cualidades físicas atribuídas por Hipócrates á los escitas se encuentran en los permios, los fineses y otros pueblos de la Rusia septentrional; si se observa que estos pueblos son llamados *tchoudes* por los rusos, que hablan un dialecto eslavo, y que se ha reconocido la existencia de este idioma en los *getas* ó *dacios*, de quienes probablemente tomaron los griegos el nombre de escitas, nos parece que sin ninguna dificultad se puede mirar á las naciones fínicas como el único resto evidente del gran pueblo de los escitas europeos.

Plinio y Mela, que veían en todas partes el nombre de *sármatas* reemplazando

el de escitas, querían, sin embargo, conservar las nociones de Herodoto: el uno habla de los *basilidas*, es decir de los *basilios escitas* de Herodoto; de los *agathirses* de cabellos azules (quiere decir de ojos azules), de los *budinos*, de los *gelonos* y de otros pueblos nombrados por Herodoto, pero sin indicar su posición; coloca al este de los escitas á los *sauromatas* ó *sármatas*, en su antiguo país del Asia, sin acordarse de que él mismo nos señala la extensión de este pueblo hasta el Báltico; y finalmente, á la otra parte de los sauromatas nombra vagamente los *essedones* ó *issedones* de Herodoto. Al mismo tiempo que no lleva tan al este á los *sármatas*, coloca Mela á los *essedones* más cercanos al Palus-Meótides, y aglomera en un pequeño espacio al norte de la Táurida á los escitas reales ó *basilios*, sobrenombre traspasado ya por Estrabón á una tribu de *sármatas*; y á los llamados *georgios*, ó sea cultivadores, y *nómadas*, al norte de la Táurida. Esta confusa mezcla de nombres, sacados de Herodoto, y otros conocidos poco después, prueba que los romanos, en los primeros siglos, no tenían ninguna noticia cierta sobre el norte y este de Sarmacia, siendo Ptolomeo el primer autor que después de Herodoto ha trazado un cuadro inteligible de la geografía de sus comarcas.

Acercándonos á las orillas del Vístula y á los montes Cárpatos, hallaremos un sentido más positivo en las relaciones extractadas por Plinio, sobre todo comparándolas con los preciosos fragmentos geográficos que Tácito, casi contemporáneo suyo, ha esparcido en su cuadro moral de los pueblos germánicos.

En la Polonia meridional de los modernos moraban los *bastarnas*, pueblo que, según Plinio, formaba una quinta clase de naciones germánicas, y que Tácito no sabe si deben contarse entre los germanos. Dábaseles también el nombre griego



de *peucinos*, que significa habitantes de un país cubierto de pinares. «Aunque tengan moradas fijas, los casamientos de su nobleza con los sármatas les han comunicado un resabio de las costumbres groseras de los últimos, que pasan la vida en sus carromatos. Mas al norte, hacia la embocadura del Vístula, vemos un pueblo llamado *venedos* por los romanos, y *venedæ*s por Ptolomeo; bandidos repugnantes y feroces que extendían muy lejos sus correrías vagabundas, pero que, sin embargo, moraban en viviendas fijas y usaban escudos. Sobre el Vístula, y casi en medio de su curso, Tácito conocía una gran nación que Plinio pasa por alto, es decir, los *ligios*, llamados *luis* por Estrabón, *lutos* y *longos* por Ptolomeo, cuyo nombre parece eslavo, y significa habitantes de las llanuras, y que son probablemente los *lieches* de la edad media y los antecesores de los polacos. Entre los *arios* se encuentra el culto de dos dioses gemelos, conocidos en la mitología eslava. Como, además, los nombres de muchos sitios en el país de los *ligios*, no menos que en el de los getas ó dacios, dados por Ptolomeo, son, sin duda alguna, de origen eslavo; estas circunstancias, unidas á los caracteres más europeos que asiáticos de los polacos, bohemios, esclavones de Hungría y, en parte, de los rusos, nos hacen creer que los getas ó dacios, los *bastarnas*, los *ligios*, los *venedos*, y tal vez otras naciones antiguas, serían el verdadero y único origen de las naciones eslavas modernas. Compréndese fácilmente que titubease Tácito en contar estos pueblos entre los germanos ó entre los sármatas, cuando no pertenecían á ninguno de ellos; pero, como los romanos no los conocían sino de lejos, no se hallaban en el caso de formarse de ellos una idea muy clara.

El río *Guttalo* de Plinio debe ser el Oder según Cluver, pero el autor roma-

no coloca evidentemente al este del Vístula el Pregel, y su nombre deriva del de *Gudai*, que se daban los antiguos prusianos. Al viaje de un caballero romano, llamado Juliano, desde *Carnuntum* en Panonia al país del ámbar amarillo, debía el siglo de Plinio sus noticias relativas á las comarcas vecinas al Vístula; y hé aquí por qué este autor podía tener noticia del Vístula, y aun del *Guttalo*, aunque ignorase la existencia del Óder.

Entre los sármatas y las naciones eslavas había dos pueblos de muy distinta clase. Los *fenos*, que Ptolomeo coloca al sudoeste de Lituania, y Tácito más al norte, aparecen ya en Estrabón con el nombre de *zumios*, el mismo que el de *suome* que se dan á sí mismos los finneses, pueblos salvajes y harto asquerosos, que no conocían ni armas, ni caballos, ni aun chozas; se alimentaban de las yerbas campestres, vestían pieles de animales y dormían en la dura tierra. Toda su defensa eran las flechas, que á falta de hierro estaban armadas de un hueso puntiagudo, tomando parte en la caza y repartiéndose el producto hombres y mujeres sin distinción. Para preservar á sus hijos de las bestias feroces ó de la lluvia, los colocaban en las ramas entrelazadas de los árboles: allí se daban los jóvenes al reposo, y allí exhalaban los ancianos el postrer suspiro. «Esta suerte,—decían,—¿no es preferible á la condición de los esclavos de la fortuna, que, fluctuando siempre entre el temor y la esperanza, se afanan en cultivar los campos y en levantar edificios?»

Como este pueblo habitaba entonces la Polonia, y no se extendió á la Finlandia hasta el siglo sexto, no puede una sana crítica cambiar con Plinio la palabra *Epigia* en *Feningia* y dar esta vaga denominación á la Finlandia. La *Epigia* de Plinio es una vasta comarca al este del Vístula, donde parece colocar á los ve-



nedos con los escitas; de suerte que tal vez podría leerse *Esthia*, y derivar este nombre geográfico del de un pueblo de que vamos á hablar.

En la orilla occidental del mar Báltico, Tácito conocía de oídas á los *astyos*, cuyas costumbres eran germanas, y su idioma parecido al británico. Adoraban especialmente á la madre de los dioses, llevando en honor suyo la imagen de un jabalí, que era precisamente el animal consagrado á *Freya*, la Venus de los escandinavos, confundida frecuentemente en la misma mitología con *Frigga*, la madre de los dioses. Estos pueblos, dados á la agricultura, recogían también en sus riberas, y hasta en el mar, el ámbar amarillo, que llamaban *glesum*. «Esta sustancia,—dice Tácito,—había sido olvidada por mucho tiempo en medio de las otras materias que arroja el mar; pero nuestro lujo la ha hecho célebre. Los indígenas no saben qué hacer de ella, la recogen en bruto, la trasportan en el mismo estado, y se admiran del valor que se le concede.»

El nombre de *esthios* ó *æstyos*, que se dió en los siglos VI y IX á una nación que habitaba no lejos del Vístula, y que recogía también el ámbar amarillo, ya era probablemente una denominación general dada por los escandinavos ó germanos á los pueblos de la costa oriental del Báltico, pudiendo añadirse que acaso los estas modernos de la Estonia vivieron algún tiempo en Prusia.

La Germania oriental, á la que el *Albis* ó Elba servía de baluarte contra los romanos, no se presenta, por cierto, en Tácito con tanta claridad como los países de las orillas del Vístula. Allí se coloca comunmente á los *suevos*, conocidos desde las expediciones de César, pero no es positivo que sirviese tal denominación para designar, antes del siglo cuarto, á una nación particular. César, que nos

describe á los suevos como un pueblo que cambiaba de asiento todos los años, que cifraba toda su gloria en convertir en desiertos sus países limítrofes, y vivía principalmente del producto de sus ganados y de la caza, dirigió una de sus expediciones contra algunos pueblos que creía formaban parte de los suevos, y que buscó en el país en que los geógrafos colocan á los *chatos*, antecesores de los heseses. Estrabón, fiel á las ideas que César había tomado de las relaciones de los galos, prolonga la *Suevia* desde el Rhin hasta el Elba, sitúa también suevos en el Danubio, y da este nombre á los *semnones*, que habitaban el Brandeburgo de nuestros días. En la época en que vivía Estrabón, una horda de suevos llamados también *marcomanos*, dirigidos por Maraboduo, abandonaron su país, vecino de la Panonia y del *Noricum*, atravesaron el Danubio, y conquistaron de los *boios* la comarca llamada *Boiohemum*, que es nuestra Bohemia. Más tarde extiende Tácito el nombre de suevos á todos los pueblos que moraban entre el Elba y el Oder, y también á los escandinavos. Ptolomeo sólo da el nombre de suevos á los *lugobardos*, aunque conoce un río *Suevus*, probablemente el Peene, junto con el estrecho de Stralsund. Por último, en el siglo cuarto se consideraba la denominación de suevos como propia de una nación que habitaba parte de la moderna Suabia. ¿Se pueden explicar tantas variaciones de otro modo que considerando la denominación de suevos como colectiva, y derivada de la palabra alemana *schweifer*, que significa vagabundos ó nómadas? Tácito conviene en que el nombre de suevos es colectivo, y da de él otra etimología, fundada en el nombre de una de sus divinidades; pero la nuestra parece necesaria para explicar cómo es posible que tribus tan distantes unas de otras hayan podido sucesivamen-



te tomar y dejar este nombre según se entregaban ó no á la vida nómada.

Esta discusión sobre el uso de uno de los nombres más extendidos en Germania nos dispensa de examinar también minuciosamente cualquier otra cuestión del mismo género. Los *vendilos* ó *vándalos* formaban, según Plinio, una de las cinco grandes razas de los germanos; pero parece más acertado considerarlos como una nación poderosa que en tiempos de Plinio extendía sus dominios á varios pueblos situados entre el Vístula y el Oder: habitaba cerca de las montañas en que el Elba tiene su origen, mientras que las costas en que confunde el Vístula sus tranquilas aguas con las olas del mar Báltico eran habitadas por los *gothones*, que presentaban la libertad unida al gobierno monárquico. Más al mediodía, hacia el Warta y el Netza, los *burgundos*, probablemente de origen godo, vivían gobernados por reyes amovibles, llamados *hendinos* ó más bien *kindinos*, y soberanos pontífices vitalicios, apellidados *sinistanos* ó ancianos. Tácito encarece el estado floreciente de los *semnones*, que poseían cien provincias situadas entre el Oder y el Elba, y eran tenidos por la tribu principal de los suevos. Un sacrificio humano reunía todos los años á este pueblo en un bosque sagrado, en donde no podían entrar sino con las manos atadas, y si alguno caía en su recinto debía salir rodando por la tierra. Los *longobardos* debían su celebridad á lo reducido de su número; puesto que, rodeados de naciones más poderosas, no buscaban la paz en la sumisión, sino en el ruido de los combates; y, según se desprende de sus tradiciones, era una colonia de *wini-les* que habitaba probablemente el *Wan-Syssel* en la Jutlandia, tradición que está muy acorde con su carácter hostil hacia los verdaderos pueblos germánicos.

El nombre de *rugios*, famoso en la his-

toria de las grandes emigraciones del siglo V, se encuentra en Tácito, al paso que en Ptolomeo está completamente desfigurado. Los *varinos* de Tácito son los varnos de la edad media.

Los *anglos*, y algunas otras tribus esparcidas por el Mecklemburgo y el Holstein actual, adoraban á *Herta*, diosa escandinava de la tierra, que tenía erigido un templo en una isla (probablemente Femern), cerca de un lago que servía de tumba á los esclavos que habían servido para ofrecer los sacrificios. Es probable que muchas de estas pequeñas tribus mentadas por Tácito formasen parte de la nación, ó, mejor, confederación de los *sajones*, cuyo nombre, sin embargo, no se encuentra hasta Ptolomeo. Pero ¿no hemos necesitado también nosotros siglos enteros para conocer los nombres de los pueblos de América? ¿Acaso tenían los romanos para observar los salvajes de la Germania una disposición especial de que carecen nuestros viajeros modernos? ¿Qué respeto tan poco fundado nos hace creer que los antiguos, en sus noticias breves y contradictorias, no omitían nada y eran en todo exactos?

No: es necesario apreciar los relatos de los antiguos como fragmentos preciosos, pero muy incompletos y frecuentemente inexactos: tal nombre hirió el oído de Plinio, tal otro fué recogido por Tácito, y los que Ptolomeo reunió no pertenecen siempre á su siglo; añadiéndose á esto, para embarazar al geógrafo y al historiador, una multitud confusa de *nombres colectivos*, de origen oscuro, de significación vaga, de aplicación incierta y á veces imposible. Entre esta clase de nombres deben contarse los de *cimbros* y *teutones*. La aparición de los belicosos enjambres que con estos nombres hicieron temblar á Roma se parece á la de un cometa: mientras todos se preguntan: ¿de dónde viene? ¿á dónde va? el astrónomo



mo, perdido en sus cálculos, no sabe mucho más que el vulgo aterrorizado, que ve en la cola inflamada de este cuerpo un látigo ensangrentado en las manos de un Dios vengador.

«Los *teutones* son vecinos de los *guttones*,» decía Piteas; y es probablemente la única denominación verídica que se encuentra en los antiguos sobre este pueblo. Aunque Ptolomeo los haya considerado como una pequeña tribu situada entre el Elba y el Oder, es probable que esta denominación haya sido común á todas las naciones germánicas, que pretendían descender de un dios *Teuto*, y que todavía, en su lengua un tanto cambiada, se llaman *teutsche*, que no es otra cosa que el adjetivo del sustantivo *teut*, cuyo plural antiguo es *teutiön*, y este nombre es el mismo que el de *theotiscos* de la edad media.

El nombre de *cimbros* está ya expuesto á más dudas; los romanos, que conocían algunos pueblos célticos en los Alpes, y que vieron bajar á los cimbros, resbalando sobre sus anchos escudos, de lo alto de las heladas montañas del Tirol, se contentaron con darles el vago nombre de *celtas* ó *galos*. Aprovechándose algunos modernos de esta confusión tan común, han querido demostrar que los cimbros eran celtas, y que su nombre fué tomado de un promontorio *Kymry*, y algunos han llegado á sentar que los cimbros eran celtas septentrionales, habitantes de la Bélgica y de la Gran Bretaña, y llamados en celta *cumraigh* ó *kumri*. Pero la dirección de los cimbros, que, después de haber combatido los boios, los escordiscos y otros pueblos célticos en el Noricum y la Panonia, penetran en Italia por el moderno Tirol, hace del todo inverosímil esta opinión.

¿Cómo se explicarían de otro modo los pasajes en que Estrabón dice que los cimbros atacaron los galo-belgas, sien-

do precisamente estos belgas ó welches los que tenían el nombre de *Kymry*? ¿Acaso los cimbros se habrían combatido ellos mismos? Lo más acertado es creer que en la invasión cimbro-teutónica había algunas tribus celtas, como los *tugenos* y los *tigurinos*, que se consideran como habitantes de los cantones de Zug y de Zurich en Suiza, y tal vez los *ambrones*, cuya patria se ha buscado desde Embrún, en el Delfinado, hasta la isla jutlandesa de Amrom.

Tomándolo de una opinión distinta, admitida entre los romanos del siglo de Plinio y Tácito, y seguida por Ptolomeo, se hallaban todavía cimbros, en esta época, con su antiguo nombre, y en el ángulo ó rincón septentrional de Jutlandia. Esta península, apéndice de Germania, se llamaba *Quersoneso Címbrico*. Se creía que el mar, inundando su país, obligó á buena parte de ellos á buscar una nueva patria; y, en realidad, este diluvio, en el cual los cimbros, se dice, marcharon arma en mano para combatir al irritado mar, parece se halla indicado ya en los autores del siglo de Alejandro. El nombre de *kimbri*, en el idioma germánico de este pueblo, significaba guerrero, como lo significa todavía en danés la palabra *kiemper*. Justificaban su orgullosa denominación con su heroico valor: atados juntos uno á otro por cadenas de hierro, se imposibilitaban la fuga, y hasta sus mujeres preferían la muerte para ellas y para sus hijos á ser esclavas del vencedor. Su ídolo principal era un toro de cobre, y en tiempos cercanos se ha encontrado uno cerca de Odensea en Fionia. Los restos endebles de esta nación conservaron la gloria de sus antecesores. Augusto recibió de ellos una de las calderas consagradas al culto sanguiinario de los dioses, nombradas muy á menudo en las sagas de Islandia.

Por plausible que sea esta última opi-



nión sobre los cimbras, no nos atrevemos á presentarla como irrefragable. Un geógrafo muy erudito opina que los cimbras son los *cimmerianos* de los autores griegos, que, según Posidonio, habían extendido sus correrías desde las riberas del Oceano septentrional hasta la Táurida; ve en ellos una reunión de tribus celtas venidas del nordeste de Europa, y, por último, cree que los romanos se engañaron creyendo encontrar los cimbras en el norte de Germania. Esta hipótesis, que reproduce la de los griegos, había sido ya puesta en duda por Plutarco y Estrabón. Nosotros creemos que son más bien los *cimmerianos* los que no han existido nunca. Este nombre, sacado del poema de Homero, dado al principio á un pueblo fabuloso del occidente, ha dado la vuelta al mundo como el de los hiperbóreos. Los que, siguiendo el derrotero misterioso trazado por los argonautas buscaban los *cimmerianos* á la extremidad del norte, dieron este nombre á una tribu nómada de las riberas del Palus-Meótides, cuyas correrías desolaron el Asia Menor. El nombre de *Bósforo Cimmeriano* se aplicó al actual estrecho de Kefa, donde se colocó una ciudad cimérica, á la que se dió el nombre, evidentemente mitológico, de *Cerberium*. A pesar de todo esto, el verdadero nombre de estos supuestos *cimmerianos* era *Treiros*. Otros escritores, ateniéndose á la posición occidental de los *cimmerianos*, marcada en la *Odisea*, creyeron haber encontrado, en las regiones volcanizadas de Campania, el lugar donde podían más holgadamente reunir el Eliseo y el Tártaro; y, habiendo colocado el palacio encantado de Circe en el promontorio *Circeum*, descubrieron con no menos habilidad una tribu que moraba en cavernas subterráneas. ¿Podemos desconocer en aquel punto á los *cimmerianos*? ¿No estaban distantes una jornada de navega-

ción del palacio de Circe? Es verdad que Ulises viajaba á favor de un viento creado por esta maga, y ninguna persona sensata se empeñará en calcular los estadios de una navegación maravillosa. A pesar de esta circunstancia, muchos geógrafos apoyan esta hipótesis de Eforo, de la cual se aprovecharon los poetas Licofrón y Silio para adornar con algunas fábulas las playas de Italia, que, según es probable, conoció Virgilio, pero que no siguieron ni Cicerón ni Ovidio. ¿Qué deducir de estas incertidumbres? ¿No es muy verosímil que los antiguos buscaran en vano la morada de un pueblo que no ha existido sino en las oscuras tradiciones embellecidas por la musa de Homero?

Si las *tinieblas cimmerianas* envuelven la historia de los pueblos del norte, aun los más célebres, ¿cómo queremos explicar los detalles geográficos que los antiguos nos han legado sobre la Escandinavia é islas vecinas? Un solo principio se encuentra en Plinio, Mela, Tácito y Ptolomeo, cual es el de considerar todas estas regiones como un archipiélago de grandes islas, formando un apéndice á la Germania oriental, llamada *Suevia* por Tácito; y, por consiguiente, los conocimientos de los antiguos debieron extenderse hasta los grandes lagos de la Suecia meridional y entrada del golfo Bótnico. Allí es donde las apariencias dieron lugar al error; allí termina la Escandinavia de Ptolomeo. Podremos, pues, comparar los fragmentos de Plinio, de Tácito y de Ptolomeo para formar un conjunto común; pues, aunque haya un siglo de distancia entre el primero y el último de estos escritores, es muy probable que Ptolomeo, en esta parte de su obra, no tuviera por norma otros autores que los del siglo de Plinio y Tácito.

La península cimbrica de Ptolomeo es, sin contradicción, la Jutlandia, conocida



por Plinio no solamente con el nombre de promontorio de los cimbrós, sino también con la denominación indígena de *Cartris*. Las islas de la costa occidental de Jutlandia eran probablemente una de las plazas del comercio del ámbar amarillo; á lo menos los romanos dieron á una de ellas el nombre de *Glessaria*, ó isla del sucino. Ptolomeo, que las llama *Insula Saxonum*, coloca al norte de la península las tres islas *Alokiæ*, que, según los datos mas confirmados, serían las extremidades casi rodeadas de agua, y que en otro tiempo lo habrán sido enteramente. A más de los famosos cimbrós ó *cimbri*, se pretende encontrar con certeza á los *harudes* en el cantón de *Har*, cuyos habitantes se llamaban *har-iutes*, lo propio que los *sabalingios* en el distrito de *Salling*; finalmente, una tribu germánica, los *anglos*, penetraron también en esta península.

Las aguas que bañan las islas danesas reproducen la imagen de aquel «mar parecido á un río dividido en muchos brazos,» llamado *golfo Codano* por Mela y Plinio. No se sabe dónde buscar la isla *Codanonia* de Mela; hase dudado también si el golfo *Cylipeno* de Plinio y la isla de *Latris* deben situarse en Escandinavia, y la misma oscuridad reina en cuanto al golfo *Lagno* del mismo autor. Las noticias de Plinio son tan vagas, que pueden tomarse en diferentes acepciones; pero, según la opinión más verosímil, el golfo representaría la desembocadura del Peene, y la isla sería la Zelanda danesa, en donde se hallaba *Lethra*, antigua sede de los reyes-pontífices venerados en todas las tribus danesas. En *Codanos* y *Codanonia* se encuentran los dos nombres de godos ó de daneses, ó mejor el nombre reunido de godo-daneses, es decir, godos del llano, bien que muchos comentadores han situado la Jutlandia en *Codanonia*, á causa de los teutones

que, según refiere Mela, la habitaron.

El monte *Sevo*, que, según Plinio, marca la entrada del golfo Codán, enfrente del promontorio de los Cimbrós, nos parece incontestablemente el monte *Sevo*, cerca de Gotenburgo, que por este lado forma el estribo de la cordillera de montañas de Escandinavia; y, si bien éstas se han buscado en Alemania, es porque Plinio, conforme á su opinión particular, comprende los pueblos escandinavos en la clase de los germanos, á quienes da el nombre de *ingævones*.

Plinio es el primero que cita la *Escandinavia* como una isla cuya extensión no era aún conocida, colocando en ella al pueblo de los *helleviones*, que poseía quinientos distritos, y que miraba la Escandinavia como una parte del mundo; lo cual corresponde á la expresión «mitad septentrional del mundo,» tomada en el mismo sentido por los historiadores islandeses. En otra parte, Plinio, hablando de las riberas británicas, nombra las islas de *Scandia*, de *Dumnos*, de *Bergos* y de *Nerigón*; y añade que la última es muy extensa, y sus habitantes navegan hasta Thule; y en cuanto á *Bergos*, aunque d'Anville se haya equivocado queriendo encontrarla en la ciudad de *Berghen*, fundada hacia el año 1,000, es aquel nombre evidentemente germánico ó gótico. No se puede dudar que la Noruega ó *Norigæ* estaba colocada en la grande isla de *Nerigón*, y la reconoceremos con mayor facilidad recordando que Plinio colocaba á Thule casi debajo del polo. Por lo que hace á *Dumnos*, es probablemente la Dinamarca, cuyo nombre se escribió antiguamente *Dæun-Mærck* y *Dæun-Mære*. Por último, el nombre de *Scandia* lo repite Ptolomeo, y mejor que á la *Escandinavia* corresponde á la *Scaney* de los islandeses y la *Escania* de los modernos. Plinio había, pues, recibido dos relaciones diferentes



sobre el norte: la una por medio de los pueblos germánicos ó por los mercaderes del ámbar amarillo, y la otra probablemente por los navegantes que iban de Noruega á Escocia; y en la última hallamos, al parecer, nombres menos corrompidos que en la primera. Cotejando, como es debido, estos dos pasajes, resulta que las vagas nociones de los contemporáneos de Plinio llegaban, á lo menos, tan lejos como las que tuvo Ptolomeo un siglo después.

Tácito, que no se había propuesto trazar una descripción geográfica, menciona uno de los pueblos más lejanos de Escandinavia, es decir, los *sviones*, que, según dice, habitaban muchos distritos, y á quienes preservaba el Oceano de una invasión repentina, y que, poderosos por mar y tierra, sabían apreciar las riquezas; sus monarcas tenían un poder absoluto, como, según las *sagas* irlandesas, los pontífices-reyes, sucesores inmediatos de Odino. Dice, además, que las armas de todo el pueblo eran guardadas por un esclavo del rey, y que una tribu de los esviones, es decir, los *sitones*, obedecían también á las princesas.

El nombre de *sveones* ó suecos, conservado por los viajeros de la edad media, no deja ninguna duda sobre la morada de los esviones de Tácito: y aunque se ha querido encontrar este nombre en el de los *hilleviones* de Plinio, nos parece antes una denominación general que un verdadero nombre de pueblo.

Ptolomeo cita seis tribus de la *Scandea* ó Escandinavia: los *gutas* son los célebres godos, cuyo nombre, escrito de muchas maneras, parece haberse extendido á todo el norte, pero que Ptolomeo toma en un sentido más estricto, aplicándolo á los godos de Suecia. Los *daukiones*, vecinos de los gutas, son probablemente los daneses, que habitaban originariamente en Escania, llamados

*daunskir* ó *daunskion* en los diversos dialectos escandinavos antiguos. Ptolomeo sitúa demasiado al este á la *Scandea* é islas vecinas, haciéndola terminar hacia el centro de la Vestrogocia, á fin de dejar asiento para su extensa tierra de Thule, que corresponde á la Noruega actual y al Nerigón de Plinio. Ptolomeo tenía datos de dos ó más viajeros acerca de la Finlandia y la Escania; pero desconoció las noticias de Tácito relativas á los *sviones*, lo propio que el nombre de *Nerigón*; siendo pues, muy probable, que escribía valiéndose de datos anteriores al siglo de Plinio y de Tácito.

Las noticias de los romanos relativas á la Escandinavia están acordes, en una cuestión de mucha importancia, con las tradiciones nacionales recogidas por los islandeses, cual es la de que estas comarcas insulares tenían una población más considerable, un gobierno más determinado y artes más adelantadas que la Germania.

Nos falta ahora examinar los datos de los antiguos sobre la Germania occidental, punto sobre el que Plinio y Tácito disienten entre sí al mismo tiempo que Ptolomeo, que frecuentemente parece mezclar los datos antiguos con los descubrimientos del siglo de Adriano. Pero, como los límites que nos hemos prescrito en la presente obra nos impiden discutir más detalladamente la causa de tales variaciones, diremos, en general, que por una parte los nombres y los límites de los pueblos se hallaban sujetos á muchos cambios, al paso que los romanos recogían con descuido y consignaban con poca exactitud las noticias, de suyo inciertas, adquiridas por sus comunicaciones ya hostiles, ya comerciales, con estas naciones salvajes.

En las orillas del Oceano, entre el Elba y el *Amisia*, nuestro Ems, habitaban los *chaucos*, á los cuales Plinio, que



había visitado su país, nos los pinta como muy infelices, obligados á morar en cerros, en medio de una playa inundada por la alta marea; sus chozas parecían buques fluctuando en el mar, y, cuando se habían apartado las olas, á navíos encallados en algun escollo; y como carecían de rebaños, de leche y hasta de arbustos, vivían del pescado que cogían con redes de junco, y cocían con fuego de turba. Tácito, al contrario, los supone como uno de los pueblos más poderosos y más célebres de Germania, diciéndonos que sus numerosas tribus pueblan todo el país del Wesser hasta el de los cattos, la Hesse moderna; y que, frecuentemente hostigados por los romanos, en otro tiempo sus amigos, desolaban las costas de las Galias, al paso que seguían el principio de conservar su poder por medio de la justicia. No promovían nunca la guerra, pero rechazaban vigorosamente todo ataque, y aun en la paz acreditaban su reputación de valientes. Estas contradicciones desaparecerán naturalmente, considerando que los chaucos, en el siglo cuarto, parecen absorbidos por la confederación de los pueblos llamados *sajones*, y admitiendo que esta confederación habría sido ya formada en tiempos de Tácito, aunque más conocida entonces con el nombre de chaucos que con el de sajones. Plinio hablaría del pueblo de los chaucos, y Tácito de la confederación.

Los *frisios* ó frisones, cuyo nombre ha sobrevivido á todas las revoluciones, se extendían desde el Ems hasta la desembocadura más occidental del Rhin, que se llamaba *Helium*, y que hoy día, con el nombre de Merva ó de Mosa, separa la Holanda de la Zelanda. La segunda desembocadura era la del brazo que pasaba por delante de Utrech y Leyde, brazo hoy día casi sin agua; la tercera, ó el *Flevum Ostium*, es nuestro

Vlie, donde desembocaban muchos lagos que agrandándose y reuniéndose han formado el Zuiderzée. Ptolomeo da á estas tres desembocaduras del Rhin una dirección hacia las riberas meridionales del lago Zuiderzée; circunstancia que tal vez podría limitar las ideas admitidas acerca de las variaciones que han sufrido estas comarcas, que discutiremos en su lugar. Los frisones, vencedores de los ejércitos de Tiberio, habían sido sometidos por Corbulón en el reinado de Claudio; pero el imbécil monarca mandó abandonar esta conquista al general vencedor, lo que valió á los frisones el ser perdidos de vista durante dos siglos.

Detrás de los frisones, y entre los brazos del Rhin, habitaban los *batavi* ó bátavos, cuya población era una colonia de cattos que los romanos trataban como aliados, sin que ningún arrendador general desolase su país, ni ningún recaudador les exigiese humillantes tributos, siendo guardados cuidadosamente como espadas y lanzas para el día del combate.

Los *bructeros*, los *chamavos*, los *sicambros*, los *marsos*, los *cheruscos*, los *cattos* y muchos otros pueblos menos importantes ocupaban el espacio comprendido desde el monte Hartz, junto al Rhin y al centro del antiguo círculo de Westfalia, hasta las orillas del Saal en Franconia. Estas naciones formaban indudablemente la raza particular de los *istævones*, que estaban en guerra con las naciones septentrionales, y que componían la de los *ingævones*. Al observar aún en nuestros días la diferencia física y moral entre los pueblos habitados por los *ingævones* y los *istævones*; al considerar el carácter todavía existente de los dialectos fránico y sajón; y teniendo en cuenta que la confederación de los *francos* y la de los *sajones* ocupaban, en el siglo tercero, la misma posición que los *istævones* y los *ingævones*; no se puede



dudar que estas dos grandes ramas de los hijos de Thuiscón no han hecho más que cambiar dos nombres colectivos con otros dos diferentes. Esta hipótesis podría contarse entre las verdades históricas si á la confusión inevitable, al referir por primera vez la historia de las naciones salvajes, no hubieran los romanos añadido un orgulloso descuido que nos ha privado de los materiales necesarios para una geografía antigua de la Germania.

Debemos confesar que los pueblos istævones, parecidos ya en un todo á los antiguos francos, ofrecían á los romanos el confuso espectáculo de revoluciones interiores constantes, de las que es imposible seguir la marcha. ¿Acaso el nombre de *sicambros* ó *sygambros* no figura en la historia, y aun en los poemas, al lado de los partos y de otras grandes naciones? Este pueblo, más valiente que numeroso, que ocupaba los países actuales de Cléveris y de Berg, y que tomaba tal vez su nombre del río Sieg, fué en gran parte trasportado á las Galias en el reinado de Tiberio. ¿Acaso los *cheruscos*, destructores de las legiones romanas, después de la muerte de su *Hermann*, el Arminio de los romanos, no cayeron en un estado de afeminación y debilidad del que se aprovecharon los longobardos para invadir los países del alto Wesser, y llegar hasta el Rhin? ¿Cómo, pues, podremos fijar con exactitud la morada de los *angrivaros*, cuyo nombre reapareció más tarde en el de la *Angria* ó ducado de Engern; ó la de los *fosos*, que han sido buscados ya en la isla de Helgolandia, llamada *Fosetislandia*, y aun con más probabilidad en las riberas del Fusa cerca de Brunswick; ó, por último, la de los *usipios*, de los *téucteros* y de tantas otras tribus alternativamente aliadas de los sigambros y de los cheruscos, esclavos de los romanos y presa de los

longobardos? ¿Quién nos dirá si los *mar-sos*, desconocidos de César y colocados por Tácito en el primitivo país de los sigambros, era una antigua tribu ó un tronco de los cheruscos, como parece indicarlo el águila romana que se les encontró? ¿Cuántas hablillas no debieron halagar el orgullo de los romanos y hasta llegar á deslizarse en sus mejores obras? ¿No vemos á Tácito expresar un júbilo inhumano al recibir la noticia de la completa destrucción de los bructeros? Y, sin embargo, esta tribu, que habitaba el país del moderno Munster y de Osnabruck, existió en el imperio de Trajano, se contó en los pueblos confederados con la denominación de francos, y no se extinguió hasta el siglo octavo.

En una comarca ajena á las artes, la victoria misma pretende impunemente reconocer sus propias huellas. ¿Dónde están, por ejemplo, los trofeos que Druso llevó á las orillas del Elba? ¿Quién determinará la verdadera posición del *bosque de Teutoburgo*, en donde las legiones de Varo sucumbieron bajo la espada vengadora de Arminio?

Los *cattos*, que permanecieron más tranquilos que los demás istævones, ocupaban el Hesse y los demás países de Fuld y de Hanau, con una parte de Franconia, confinando por el nordeste con el bosque de *Bacenis*, que es una parte del que hoy día se llama de Turingia, y que en la edad media se llamaba todavía *Buchonia*. Los *cattos* aparecen muy poco después del primer siglo de la era vulgar, y por última vez en el año 392, en que los vemos aliados de los francos. Sin embargo, son el mismo pueblo los *hasios* del siglo séptimo y los *hesses* modernos, solamente que los antiguos desfiguraron su nombre. En las orillas del Saal de Franconia, límite de los *cattos*, al sudeste, moraba una tribu muy notable, aunque desconocida de los geógrafos anteriores:



los *marvingios*, probablemente los mismos que, con el nombre de *slios* y *acaudillados* por los príncipes merovingios, fueron jefes de la confederación de los francos, y fundadores de la poderosa monarquía que después de tantos siglos ejerce una influencia tan grande en los sucesos del mundo. ¿Estos merovingios, ó *marvingios*, han venido todavía de más lejos? ¿Es su patria la *Muarvinga*, ó *Maurungania*, comarca marítima vecina del Elba? ¿Son un resto de los cimbrós? Hé aquí lo que no nos atrevemos á decidir.

Hacia la confluencia del Rhin y del Mein, una multitud de galos había ocupado tierras que recibieron el nombre de *Agri Decumates*, porque no pagaban más que el diezmo de sus productos. Estas tierras, vecinas al país de los catts, según Tácito, y sin fundamento colocadas por d'Anville en las orillas del Danubio, estaban rodeadas de una muralla cuyas ruinas existen todavía con el nombre de *Pohlgraben*, y que parece haber abrazado los alrededores de Wisbaden, de Francfort y de Aschaffenburg. Las aguas termales del primero de estos sitios eran conocidas de los romanos con el nombre de *aque mattiacæ*, nombre que recuerda el de los *mattiacos*, nación poco considerable sujeta á aquellos conquistadores, los cuales, sin duda alguna, poseían un terreno más extenso en Germania, puesto que la fortificación que se encuentra cerca de Oebringa, en el principado de Hohenlohe, y la *muralla* llamada *del Diablo*, que se extiende desde Dinkelspuhl hacia Ingolstadt, prueban que toda la Suabia no se libró de sus invasiones. Además de esto, en las orillas del Neckar se encuentran frecuentemente monedas y otras antigüedades romanas, y la ciudad de Baden contiene también piedras miliares. Pero esta adquisición no pudo tener lugar antes del reinado

de Severo; porque Tácito no considera á los *Agri Decumates* sino como un reducido ángulo adelantado, y los trabajos de Trajano y de Adriano parecen limitarse á los alrededores de Maguncia. Después de la muerte de Aureliano, los germanos traspasaron estos límites del imperio, que el emperador Probo no restableció sino por muy poco tiempo.

Esta parte de Alemania, habitada por algunas tribus poco importantes, de las que Ptolomeo da algunos nombres, en tiempo del emperador Caracalla fué el sitio principal de la confederación de los *alamanni* ó *alemanes*, algunos de los cuales, avezados á una vida vagabunda, tomaron la antigua denominación de *suevos*, esto es, nómadas. La parte meridional de Suabia estaba ocupada por un desierto, al que Ptolomeo da el nombre de *desierto de los helvecios*, y se hallaba cercano al bosque Negro, llamado *Sylva Marciana*. El geógrafo de Alejandría da el nombre de Alpes á las montañas centrales de Suabia, un autor romano les da el de *Alba*, y llámaselas todavía *Alb*, lo que prueba la exactitud de Ptolomeo. El mismo geógrafo aplica la denominación de *Abnoba* á las montañas de la *Bergstrasse* y de la *Wetteravia*, aunque Plinio y Tácito, sin duda equivocadamente, señalan con este nombre las de Suabia.

Las comarcas interiores y orientales de Germania, donde no lograron penetrar las legiones de Roma, fueron casi desconocidas de los geógrafos antiguos. A Tácito, sin embargo, se debe el saber que los *hermunduros*, famosa nación del centro de Germania, eran amigos de los romanos. Distinguidos del resto de los germanos, que no podían hacer el comercio sino en la frontera, mientras ellos tenían abiertas las florecientes ciudades de la Vindelicia y de la Rea, podían recorrer con toda libertad el territorio romano; y al paso que los demás debían



hospedarse en las legiones y en los campos, los hermunderos tenían á su disposición los palacios y casas de recreo, privilegio que tenían ellos en mucha estima. La geografía, empero, no puede señalar sino por conjeturas las fronteras exactas de esta nación. Es, en verdad, probable que el Saal de Franconia los separaba de los catts, puesto que las salinas, de que tomó su nombre este río, fueron la causa de la guerra entre las dos naciones, que terminó con la destrucción completa de los catts. Si algunos antiguos creyeron que el Elba tenía su origen en el país de los hermunderos, fué por efecto de haber tomado por este río al Egra, que es uno de sus afluentes.

Al norte de los hermunderos y de los montes Sudetas, parte de Turingia y de la moderna Sajonia habitaba un pueblo desconocido de Tácito, y al que Ptolomeo denomina *teuriochamæ*; y siendo la última sílaba la palabra alemana *heim*, que significa país, este nombre parece poder reducirse al de turingios, que es la opinión más verosímil que puede darse con respecto á su origen.

Los *nariscos*, que lindaban con los hermunderos al sudeste, ocupando una parte del alto Palatinado, los coloca Tácito al lado de los *marcomanos* y *quados*, habitantes de Bohemia, de Moravia y del Austria septentrional; de suerte que estos tres pueblos formaban, por decirlo así, la frontera de Germania por este lado. Más tarde los romanos conocieron los nombres indígenas de algunas de estas naciones y de las tribus de que se componían: hé aquí por qué Ptolomeo distingue, entre otros, á los *kampos*, que ocupaban las orillas del río de este nombre en el Austria. En cuanto á los *baimos*, tenidos por un gran pueblo por dicho geógrafo, nos parecen ser los *marcomanos*, conquistadores del *Boiohemum* ó Bohemia.

César, tomándolo de los geógrafos griegos, confundía todos los bosques y todas las montañas de Germania central con el nombre de *bosque Herciniano*. Esta vaga tradición se propagó entre los geógrafos romanos, y ni Plinio ni Tácito supieron sacarla de este estado. Ptolomeo recogió datos más positivos; pues distinguiendo, además de su monte *Abnoba* en Wetteravia, el Hartz con el nombre de *Melibæus*, y colocando su bosque *Gabreta* y sus montes *Sudetas* al oeste de Bohemia, se ve obligado á situar el bosque Herciniano al norte de Moravia y hacia Hungría. Ni él ni los romanos conocieron, antes de Dion Casio, los montes Gigantes, entre Bohemia y Silesia, que son las *montañas vandálicas* de Dión, quien fué también el primero que señaló la verdadera fuente del Elba.

La Germania no presentaba, en general, más que sombríos bosques ó tristes lagunas, bien que sus excelentes pastos alimentaban innumerable ganado vacuno, y sus bosques estaban poblados de bisontes, de *uros*, de alces y de caballos silvestres, y llenos de un sinnúmero de ocas, cuyo nombre alemán conoce Plinio. Los metales preciosos fueron desconocidos hasta que la avaricia de los romanos comenzó á explotar las minas de oro de Wetteravia, como que únicamente brillaba en la cabaña del germano el belicoso hierro. Tampoco eran conocidos los viñedos, ni los árboles frutales, á no ser algunos cerezos en las riberas del Rhin. Sin embargo, cosechaban avena y cebada, abundancia de legumbres, entre otros rábanos de extraordinario volumen y nabos muy apreciados en Roma. El lino producía en cantidad suficiente para vestir todos los indígenas.

Entre los usos y costumbres de los germanos se notan grandes diferencias, que el mismo Tácito nos hace observar. Sabe, por ejemplo, que entre los germa-



nos occidentales sólo los cattsos conocían el arte de la guerra, marchaban con orden al combate, sabían ejecutar las evoluciones militares: nos muestra un gobierno monárquico absoluto en los suecos y en los godos, alaba el carácter tranquilo de los hermundurios. Sin embargo de todo, presenta una descripción general de los germanos que debe aplicarse principalmente á los *istævones*.

Su elevada estatura, ojos azules y cabellos de un rubio subido, daban á conocer á esta raza, más capaz de un grande esfuerzo momentáneo, que de un trabajo continuado. La misma madre amamantaba á su hijo. La educación de los libres y de los esclavos era igualmente dura y grosera, durmiendo unos y otros en el suelo al lado de las bestias. Como los casamientos se efectuaban en la edad madura, los dos sexos alcanzaban y conservaban el complemento de sus fuerzas naturales. Casi solos entre los salvajes, los germanos se contentaban con una sola mujer, á excepción de los grandes, que por interés ó vanidad se casaban con muchas. Representaban la indisolubilidad del matrimonio con tiernas ceremonias: el hombre daba á la mujer un par de bueyes, un caballo equipado, un escudo y una lanza; y ella, á su vez, le regalaba un arma. Luego era necesario sobrellevar entre los dos los bienes y los males, vivir y morir juntos. El adulterio era casi desconocido; no eran admitidas las chanzas relativas á los hábitos viciosos, y ni las riquezas ni la belleza libraban del último oprobio á la mujer impúdica.

Su vestido ordinario era un manto de tela que dejaba desnuda una gran parte de los miembros; pero los grandes usaban vestidos estrechos que se amoldaban á las formas del cuerpo. Las bestias fieras, y también los animales marinos, les abastecían de pieles; las mujeres adornaban su vestido de tela blanca con una

cinta de púrpura. Los suevos llevaban los cabellos recogidos en un solo nudo en la coronilla de la cabeza; mientras los francos, descendientes de los *istævones*, los llevaban largos, formando grandes bucles.

Los germanos detestaban las ciudades fortificadas, y aun tenían separadas entre sí sus rústicas cabañas, habiendo algunos que habitaban en cavernas. Gustaban mucho de pasar alrededor de una grande hoguera los ratos de holganza que les dejaban libres la guerra y la caza. Alimentábanse de las presas que la última les proporcionaba, de leche cuajada y de frutas de bosque, y no bebían más que cerveza, hasta que los romanos les hicieron conocer el vino, esperando someter por medio de sus propios vicios á aquellos pueblos que resistían á sus armas. Todo lo soportaban los germanos, á excepción de la sed. Los juegos de azar les hacían también perder su sangre fría; y se lo jugaban todo, hasta su propio cuerpo.

Soberanos en su casa, los hombres libres, ó los *wher*, se hacían servir por sus mujeres é hijos, mientras los esclavos ó siervos cultivaban los campos, apacentaban los ganados y trabajaban objetos del vestuario. Probablemente había una especie de nobleza hereditaria entre los godos y demás naciones venidas de Escandinavia; pero, en las que tomaron después el nombre de francos, todos los hombres libres eran iguales. Los grandes se distinguían por una numerosa comitiva de guerreros, que recibían de ellos sus caballos y sus armas, y que festines groseros, pero abundantes, reunían en la morada de su jefe. Todos los hombres libres asistían á las asambleas de la nación; pero los más poderosos deliberaban de antemano entre sí sobre todos los negocios importantes. Los sacerdotes presidían estas asambleas; y los oráculos



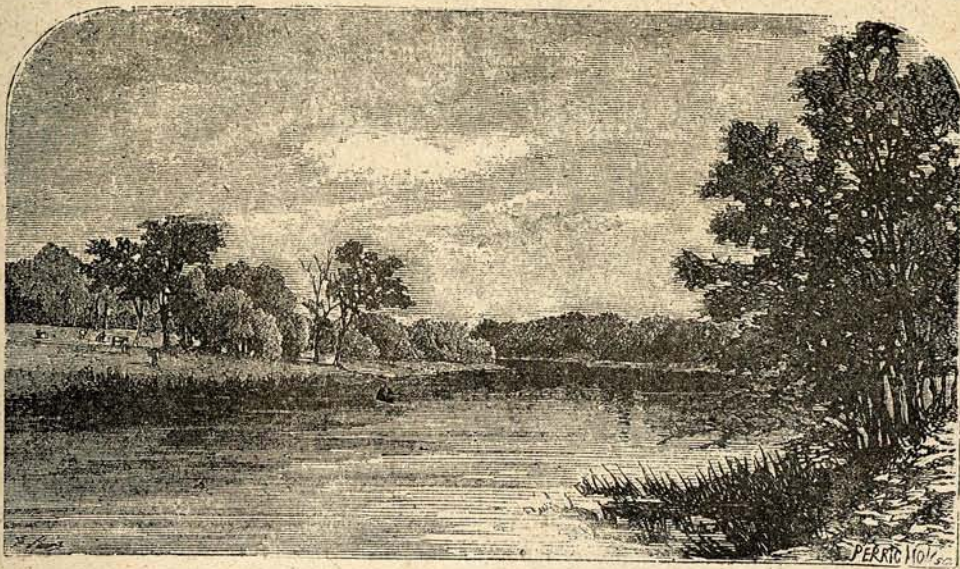
que hacían pronunciar por sus dioses decidían ordinariamente de la guerra. Los sublimes horrores de la religión odínica no eran desconocidos de los germanos; pero los romanos aplicaron caprichosamente los nombres de las divinidades griegas á las que eran adoradas en el norte. El de *Hertha*, que se deslizó de la pluma de Tácito, deja entrever esta verdad; si bien, conforme á todas las tradiciones históricas, debe considerarse á Escandinavia como el centro del culto odínico, de la misma suerte que ella sola posee monumentos en que se hallan grabadas las Runas.

La influencia de esta religión es muy marcada en la historia de los antiguos germanos: á ella se debía el desprecio de la vida y la sed de combates, y los pontífices ejercían seguramente en Germania la misma autoridad que en Escandinavia.

Los *reyes*, tal vez elegidos por los pontífices entre familias más ilustres, y los *duques* ó jefes militares, escogidos entre los más valientes, tenían un poder muy limitado. Sin leyes escritas, pero animadas de un profundo sentimiento de justicia, gobernadas en su interior más bien por la persuasión que por la autoridad, estas naciones, en el primer siglo, se hacían recíprocamente guerras sangrientas, que, según expresión de Tácito, llenaban de gozo á los romanos y retardaban la caída del imperio de los Césares. Pero estas naciones, sobre las cuales se habían á menudo celebrado más triunfos fingidos que alcanzado victorias verdaderas, hicieron las paces, y formaron grandes confederaciones que con el nombre de godos, de vándalos, de francos y otros, devolvieron á Europa su libertad primitiva.







## LIBRO DÉCIMOSEGUNDO

Conocimientos de los romanos relativos á las Islas Británicas y á España.—Cuadro del estado de la Galia.

**H**EMOS visto ya que los griegos conocían de nombre las islas de *Albión* ó *Bretaniké* y de *Ierne*; pero las conocían tan mal, que Estrabón, al decir que no valían la pena de ser conquistadas, da á la mayor la figura de un triángulo cuyo lado más prolongado debía mirar á la Galia, y coloca el otro directamente al norte de la primera. Las islas *Cassitéridas*, ó Sorlingas, estaban, en el sistema de los antiguos, no muy lejos de España.

Dos expediciones de César dieron á conocer un extremo de la Gran Bretaña, y fueron desde entonces célebres los nombres de tres promontorios: de *Orcas* al norte, de *Cantium* al este, y de *Belerium* al occidente. César coloca también la *Hibernia* ó Irlanda al frente de la costa occidental de Albión, y la cree menor en la mitad, pero no por esto renuncia á la

idea común acerca de la posición general de estas islas.

Pomponio Mela, que vivió durante la época de la conquista de la Gran Bretaña por los ejércitos del emperador Claudio, creyó que esta isla se hallaba enfrente de Germania por un lado, y por otro de España. Los soldados de Roma no quisieron al principio dejarse llevar á este *nuevo mundo*; y por lo que hace á los nombres de las islas *Orcadas* y los de las *Emodas*, sonaban todavía en misteriosa lontananza. Treinta años después de la conquista, Plinio no se atrevió á reseñar una descripción de las islas Británicas; y sin embargo conocía ya las islas *Habudas*, y señala algunas con nombres particulares, indicando al propio tiempo las dimensiones exageradas de la Gran Bretaña y de Irlanda, siguiendo á Agripa, que sin duda habrá traducido mal las



medidas griegas de Piteas. Bajo el imperio de Domiciano, el valor y la prudencia de Agrícola sometieron á las naciones británicas hasta el pie del monte *Grampius*, hoy Grampian; y la escuadra romana, sin dar la vuelta entera alrededor de las islas, dobló las extremidades septentrionales, y reconoció que no estaba unida al continente por ningún punto. Sin embargo, el biógrafo, que es al mismo tiempo yerno de Agrícola, coloca la *Hibernia* en mitad del camino de España y de la Gran Bretaña.

Esto no sucedió hasta el siglo II, en el que los numerosos itinerarios y diarios de navegantes suministraron á Ptolomeo los materiales para una descripción matemática de la Gran Bretaña, y aun en ella se encuentran errores de consideración. Pero la geografía histórica de esta isla se concluyó casi en el primer siglo, y sus progresos siguieron á los de los ejércitos de Roma.

La *Bretaña romana*, retenida por las victorias de Agrícola hasta el istmo que separa los dos golfos, llamados *Aestuaría de Glota* y de *Bodotria*, ó golfos de *Clide* y del *Forth*, fué encerrada en límites más estrechos por la muralla del emperador Adriano, cuyas ruinas, conocidas con el nombre de *Picts wall*, se extienden desde el golfo de *Solway* hasta la embocadura del *Tyne*. El emperador Severo penetró de nuevo en las extremidades de esta isla, y advirtió, entre los golfos de *Clide* y de *Forth*, la muralla construída por un lugarteniente de Antonino. Pero Caracalla, abandonando las conquistas de su padre, retiró sus legiones detrás de las fortificaciones de Adriano.

Los salvajes indomables que en las montañas de Escocia cortaron el vuelo á las águilas romanas, eran conocidos de los bretones con el nombre celta de *caledonios*, y recibieron después, en lengua romana, la denominación de *pictos*, por

las figuras pintadas de que estaban cubiertos sus cuerpos gigantescos. Pero su cabellera rubia denotaba su origen germánico ó escandinavo, y más tarde sucumbieron ante el poder de los *escotos*, pueblo celta procedente de Irlanda.

Entre las pequeñas naciones que ocupaban la Escocia meridional, se distinguen los *maetas* y los *novantas*, que probablemente eran celtas, como la mayor parte de los habitantes de esta isla. La guarnición de *Alata Castra*, es decir, el campo alado, correspondía, según la opinión más admitida, á Edimburgo, aunque Ptolomeo la coloca mucho más al norte.

La poderosa nación de los *bergantes* ocupaba el norte de Inglaterra hasta las riberas del *Humber*, llamado *Abus*. Su nombre celta, hoy día tan degradado, tenía entonces, sin duda, otro significativo más noble, como lo tuvo en latín la palabra *latro*. Entre sus muchas ciudades se contaba á *Eboracum*, la *York* moderna, entonces colonia romana, adornada de templos y baños públicos, mansión favorita de muchos emperadores, y uno de los baluartes del imperio. Los *parisios*, nación reducida, situada hacia la embocadura del *Abus*, sólo es notable por su nombre galo, al paso que *Deva*, hoy *Chester*, en la ribera del *Dee*, y *Lin-dum*, la moderna *Lincoln*, probablemente colonia romana, eran las capitales, la una de los *eornavios* y la otra de los *coriantos*.

Tres naciones belicosas ocupaban lo que compone hoy día el principado de Gales. Los *ordovicos*, que habitaban al norte, y que fueron casi completamente destruídos por las legiones de Agrícola. No muy lejos estaba la isla de *Mona*, el *Anglesey* moderno, consagrada al culto homicida de los druidas, y defendida con toda la exaltación del fanatismo por los bretones, entusiasmados por la presencia



de las sacerdotisas, que marchaban al frente de ellos con un aparato parecido al de las Furias. Los *demetas* habitaban la costa occidental, y, finalmente, la nación más poderosa de los *siluros* se extendía hasta los límites de la Severnia, pareciendo algunas veces que los romanos comprenden en esta denominación á los demetas. Los siluros, que resistieron largo tiempo al poder de Roma, no dejándose ni espantar por la crueldad, ni seducir por la clemencia; por su color atezado y sus cabellos rizados, indicaban, según Tácito, su origen ibérico.

Al este de los siluros habitaban los *dobunos*, en cuyo país estaba *Clevum*, probablemente Gloucester. Los *catyechlanos* de Ptolomeo se llamaban, según las antiguas inscripciones, *catavellaunos*, y su territorio alcanzaba el golfo de Wash, llamado *Metaris Æstuarium*. Al este tenían por vecinos á los poderosos *icenos*, llamados *simenos* por Ptolomeo, cuya capital tenía, junto con muchas otras, el nombre céltico de *Venta*, ó lugar de asamblea. Los *icenos* ocupaban el Norfolk y el Suffolk actuales; y más al sur, en el Essex moderno, los *trinobantas*, nación numerosa, tenían por capital á *Camalodunum*, hoy día Colchester, y no Maldón, como han creído muchos escritores ingleses. La ciudad de *Londinium*, según unos, perteneció á los trinobantas, según otros á los *cantios*, habitantes del Kent actual; pero esto depende de colocarla al norte ó al sur del Támesis; y tal vez esta ciudad, ya floreciente por su comercio, se extendía por ambas orillas del río.

Algunas tribus, comprendidas en el nombre de *belgas*, y probablemente venidas de la Galia Bélgica, ocupaban la mayor parte de la península meridional, formada por el Támesis y el Severna, *Támesis* y *Sabrina*. La capital ó *venta* de estos belgas es el Win-Chester moderno:

el sobrenombre latino *Castrum*, ó en anglo-sajón *Ceastre*, se conserva en muchas ciudades antiguas. Las aguas de Bath eran ya famosas bajo el nombre de *Aquæ Solis*, mientras que la extremidad occidental, la actual Cornualla, ocupada por los *damnonios* ó *dumnonios*, fue poco frecuentada de los romanos. Las célebres minas de estaño que explotaron los fenicios, apenas son citadas por los autores latinos; circunstancia mucho más sorprendente cuando estos mismos escritores dicen existir en la Gran Bretaña minas de hierro, de oro y de plata, y uno de ellos asegura que las corrientes arrastran piedras preciosas. Tácito nos manifiesta, además, que se pescaban perlas de clase inferior.

Los demás caracteres físicos atribuidos á esta grande isla existen aún: la temperatura más templada que la de la Galia septentrional; las espesas nieblas, las abundantes lluvias, el moderado calor del verano, que hacía madurar los frutos con lentitud, y que no permitía el cultivo del olivo y de la viña; el verdor brillante de los prados, donde pacen innumerables ganados; la ausencia de las fieras y de reptiles venenosos, y cuanto, en fin, puede notar todavía un observador moderno. La Bretaña bárbara, ó la Escocia, estaba sin cultivo; pero la Bretaña romana, que entiendo de Tácito no producía trigo bastante para sus habitantes, en los siglos segundo y tercero fué el granero de las Galias y de los ejércitos romanos estacionados en el Rhin.

La *Hibernia* ó *Ierne* de los griegos, que pasó mucho tiempo por inhabitable á causa del frío, fué conocida algo mejor por las relaciones de los bretones; pues se supo que gozaba de un cielo tan apacible como la Gran Bretaña, y que muchos puertos proporcionaban al comercio un acceso más fácil que el de las costas de Albión. Los habitantes no eran



más intratables que los bretones, y Agrícola creía que una sola legión hubiera bastado para mantener allí la dominación romana. La ambición de Domiciano detuvo á este general en medio de sus victorias, y la Irlanda volvió á quedar sumida en la misma oscuridad. Sin embargo, Ptolomeo debió tener presentes algunos itinerarios marítimos muy extensos: los nombres de algunos pueblos, por ejemplo los *bergantes*, que se encuentran en Inglaterra, y los *menapios*, que existían también en Bélgica, parecen probar que Irlanda recibió colonias de celtas propiamente dichos, y de belgas. Los escritores irlandeses afirman que sus tradiciones nacionales hablan de ciertos colonos belgas, llamados *Fir-Bolg*. Sin embargo de todo esto, la nación más extensa era la de los *ivernos*, cuyo nombre aplicaron los romanos á toda la isla, y que parece haber sido ya conocida de los fenicios.

Las naciones célticas de la Gran Bretaña diferían muy poco de los galos bajo el punto de vista de su modo de vivir: tenían unas mismas armas, y con el gran sable céltico en la mano luchaban sin coraza y sin casco; sus cabañas tenían también la misma forma cónica que las de los galos, pero las naciones germánicas ó escandinavas de Caledonia les enseñaron, al parecer, el uso de los carros de batalla, desconocidos de los celtas del continente. Los bretones se teñían la cara de un color azul: los caledonios grababan en todo su cuerpo abigarradas figuras de toda clase de animales. A estos rasgos de barbarie debe añadirse la comunidad de mujeres en una misma familia, consecuencia de una especie de vida patriarcal, la cual sólo se mantuvo entre los caledonios. Los bretones, gobernados por pequeños príncipes, edificaban pueblos, y se dedicaban á la agricultura y á la cría de rebaños. No comían liebres, gallinas, ni ocas, sirviéndoles estos ani-

males únicamente de recreo. Presentábanse con largos cabellos que ondeaban en las espaldas, con bigotes que cubrían sus carrillos, y vestidos de pieles de animales. Sus druidas regaban con sangre humana los altares de las divinidades célticas, y contaban en el continente muchos discípulos que atravesaban el Océano para admirar la santidad y la sabiduría de aquellos sacerdotes de una religión sanguinaria. El caledonio, casi desnudo, ceñía sus brazos y lomos con toscos anillos de hierro; despreciaba la agricultura y vivía sólo de la caza; comía, en lugar de pan, cortezas de árboles y raíces silvestres, y ningún partido sacaba del pescado, abundante en sus costas.

Pasemos ahora á los celtas del continente. Estrabón nos ha dado ya á conocer la división de los pueblos de la Galia en *belgas*, *celtas* y *aquitanos*, y todos los autores romanos confirman la diferencia que existía entre estas tres razas. César demuestra que numerosas tribus de germanos, después de pasar el Rhin, se habían mezclado con los celtas, dando origen á la nación y lengua belgas. Datos positivos prueban en particular el origen germánico de los *triboccos*, de los *nemetas* y de los *vangiones*, que habitaban en Alsacia y hacia Maguncia; de los *treviros*, cuyo nombre ha conservado la ciudad de Tréveris; de cuatro tribus conocidas con el nombre de *germanos*, y luego con el de *tungros*, que se colocan en el país de Limburgo y de Lieja; de los *nervios*, pueblo numeroso en el Heno actual, y de los *aduáticos*, descendientes de los cimbrós y de los teutones, que habitaban una parte del Mosa.

La lengua de los belgas, diferente de la de los celtas propiamente dichos, fué probablemente trasportada á Inglaterra por las colonias belgas, y tal vez se ha conservado, en parte á lo menos, en el idioma de los galeses y de sus descen-



dientes los bajo-bretones; pero querer, por una conclusión retrógrada, aplicar el nombre de *kimri*, que se dan los galeses, á todos los belgas, á fin de encontrar en ellos á los famosos cimbras, es un error, tanto menos perdonable en cuanto tenemos un testimonio positivo por el que se ve que los cimbras tuvieron por enemigos á los belgas.

Los *aquitano*s, rodeados por el Garona y los Pirineos, eran, según Estrabón, de raza ibérica; pero como había en Iberia naciones celtas, ó celtíberas, y pueblos cantábricos indígenas de España, falta saber á cuál de estas dos familias pertenecían los iberos de Aquitania. Las guerras entre los aquitanos y los *vascones*, que sin duda eran los cántabros, prueban hasta cierto punto que los primeros eran celtíberos. Muchos antiguos han sostenido que los *ligurios*, pueblos muy antiguamente conocidos y derramados tanto por la Galia como por la Italia, eran diferentes de los celtas; pero como *ly-gour* es un nombre celta que significa habitante de la ribera, parece que esta opinión de los griegos estaba fundada en un error. La sangre gala era de este modo menos mezclada de lo que creía César; como que los celtas puros ocupaban las cuatro quintas partes de la Galia, siendo, por consiguiente, los verdaderos indígenas.

El interés que inspira el nombre de *Galias* á buen número de nuestros lectores, nos obliga á exponer detalladamente la geografía de este país siguiendo á César, Plinio y Ptolomeo. Presentaremos también la división en diez y siete provincias, dada por la *Notitia Provinciarum*, división que, á la verdad, parece no haber existido hasta el tiempo de Diocleciano, pero cuyos restos se encuentran ya desde el siglo tercero, y que por otra parte dará á nuestros lectores el punto de vista mas cómodo.

Las grandes divisiones primitivas de la Galia, como provincia, eran las cuatro siguientes: la *Galia narbonense*, la *Galia lionense*, la *Aquitania* y la *Bélgica*. A medida que iba poblándose el país, se hacían subdivisiones y cambios.

La Galia aquitánica, ó la Aquitania, estaba comprendida entonces entre el Garona, los Pirineos y el Oceano: extendióse luego hasta el Loira, y se la subdividió en primera, segunda y tercera Aquitania, teniendo la primera por capital á *Avaricum*, hoy Bourges, la ciudad que más se resistió cuando la invasión de César, que sólo le da cuarenta mil habitantes. Habitaban esta provincia ocho pueblos: los *bituriges-cubos*, en el Berri y el Borbonés, que dominaron antiguamente toda la Galia céltica, y que, conducidos por Belloveso, conquistaron la Lombardía en el año 164 de Roma. César en un solo día incendió veinte ciudades de este país. Los bituriges explotaban minas de hierro. Los *arvernos*, que moraban en la Auvernia, pretendían descender de los troyanos, y eran sus ciudades *Nemossus* ó *Nemetum*, después *Augusto-Nemetum*, llamada luego *Urbs Arverna*, en el día Clermont, y *Gergovia* en la montaña de este nombre. Aquí fué donde un *gerengetorix*, ó jefe de guerra, opuso una resistencia obstinada al conquistador de las Galias. El país de los arvernios tomó un aspecto risueño en tiempo de los romanos, pues los viñedos y los castillos tapizaban las alturas, y las mieses cubrían la llanura, después tan famosa con el nombre de *Limagna*. Los otros pueblos de la primera Aquitania eran los *limovicos* ó *lemovices*, cuya principal ciudad era *Augustoritum*, actualmente Limoges; los *gabalos*, en el Guvaedán, que contenía minas de plata; los *ruthenos*, con Segodunum, su ciudad principal, después llamada *Civitas Rhuthenorum*, y en el día Rhódez, en la



Ruerga; los *velavos*, en el Velai; y los *cadurios*, que ocupaban el Querci, y cuya capital, Cahors, se llamaba *Divona*. Una parte de los cadurios lleva en César el nombre de *eleutheros*, es decir, libres.

La segunda Aquitania se extendía desde la embocadura del *Liger*, el Loira, hasta la otra parte de la del *Garumna*, ó Garona. *Burdigala*, Burdeos, fué su capital, ciudad ilustrada por las letras y enriquecida por el comercio. Seis pueblos ocupan la segunda Aquitania. Los *bituriges-vibiscos*, la parte más grande del Bordelés; habiendo una de sus tribus, los *medulos*, conservado su nombre en el distrito de Medoc, renombrado por sus vinos y por sus ostras. Los *boios*, otra de sus tribus, sacaban la resina de los pinos que poblaban el distrito de Buch. Al norte del Garona moraban los *pictones* y los *santones*, que prestaron sus navíos á César para hacer la guerra á los venetos: entre sus ciudades había *Limonum*, que corresponde á Poitiers, y á Saintes, que tenía el nombre de *Mediolanum*, ó ciudad del centro. Los *agesinates* habitaban en el territorio de Aisenai. Los *petrocorios* moraban en el Perigord, cuya ciudad de Perigueux tenía el nombre de *Vesuna*, nombre que conserva aún el castillo; y, finalmente, los *nitiobriges* tenían por capital á *Aginnum*, el Agen moderno. Todos estos pueblos de la primera y segunda Aquitania se componían de verdaderos celtas.

La tercera Aquitania, única que fué poblada por verdaderos aquitanos, llamábase igualmente *Novem--Populania*, por estar habitada por nueve naciones pequeñas, aunque César y Plinio añaden otras. No podemos señalar la época en que estas poblaciones fueron reducidas al número de nueve, ni indicar las que se conservaron. Los *auscios* habitaban los fértiles alrededores de la ciudad de Auch, llamada entonces *Climberris*, y luego *Aus-*

*ci*, con el sobrenombre de *Augusta*. Los *vasates*, en el Bazadés, ó la diócesis de Bazas, eran, entre todos los aquitanos, los situados más hacia el norte. Los *tarbellos* se tendían por las orillas del mar, y sus arenosas tierras no producían más que mijo; algunos de sus ríos arrastraban lentejuelas de oro; y su capital, *Aquæ Augustæ Tarbellicæ*, hoy día de Aqs ó Dax, era célebre por sus aguas minerales. El nombre de una ciudad á poca distancia del solar de Orthes ha pasado al país de Bearne. Los *bigerrones* ocupaban la Bigorra. De estas regiones montañosas descendía un viento impetuoso sobre la llanura donde se hallan en la actualidad las llamadas landas, y formaba con la arena una especie de olas; de manera que en estas Sirtes gálicas en cierto modo se podía naufragar por tierra. No nos atrevemos á fijar la posición de los *convenas*, que al parecer habitaron el Comminges, ni la de muchas otras tribus menos conocidas aún.

La Galia lionesa (*lugdunaise*) nos ofrece grupos menos confusos. *Lugdunum*, ó Lión, aunque situada en uno de los límites de esta provincia, fué la capital común; pero reconocido muy pronto el error de César, que tenía por menos extensas de lo que eran las vastas regiones ocupadas por los celtas, partió la gran provincia en dos, subdividiéndola luego en cuatro y aún en cinco.

La colonia romana de *Lugdunum* fué fundada, cuarenta y dos años antes de J. C., en el territorio de *Segusiani*, sede de los pretores con casa de moneda. Llegó á ser ésta la ciudad más considerable de las Galias, y en ella hicieron construir sesenta pueblos, un altar á la ciudad de Roma y al genio de Augusto. Cerca de este altar, colocado en la confluencia del Ródano y del Saona, llamado entonces *Arar*, se celebraban fiestas comunes á todas las Galias. *Lugdunum* tenía una



academia, un espacioso teatro y algunos acueductos, y era el depósito de artículos de comercio entre la Galia y la Italia; pero en el siglo tercero los estragos de las guerras civiles eclipsaron su esplendor.

Entre los pueblos de la *primera Lionesa* distinguíase además los *lingones*, en el territorio de Langres, aliados de los romanos y muy poderosos. Al lado de ellos se encuentra la pequeña nación de los *mandubios*, con su plaza fuerte de *Alesia*, tan famosa en las guerras de César. No se está acorde en la situación de los *boios*, pues la historia nos presenta en seguida á este pueblo en Italia, donde entró por los Alpes recianos, luego en la Panonia y el Noricum, sin que se pueda afirmar ni negar que procediese originariamente de la Céltica; sabiéndose únicamente que una partida de boios que penetró en la Galia con los helvecios fué vencida por César, y obtuvo de los eduenos un asilo en sus tierras. El más célebre de todos los estados galos fué el de estos *æduos* ó *eduenos*. Este pueblo famoso, al que ya tarde quiso dar la independencia el ilustre *Sacrovir*, se glorió con el vano título de hermano del pueblo romano, por haber ayudado á los opresores del mundo á subyugar á los alóbroges y á los arvernos. Su capital era *Augustodunum*, hoy día Autun, llamada antes *Bibracte*, donde los jóvenes nobles de todas las Galias acudían para instruirse en las letras griegas y romanas, y donde los emperadores establecieron una fábrica de corazas. *Cabillonum*, Chalons-sur-Saône, antiguo emporio de un comercio y navegación considerables, y *Matisco*, Mâcon, donde se fabricaban las flechas para el ejército romano, pertenecían también á la rica comarca de los eduenos.

Al norte de la provincia que acabamos de describir, encontramos la *cuarta Lionesa*, cuya capital fué *Agendicum*, cual

población se componía de las naciones ó tribus siguientes: los *parisios*, cuyo lugar principal era *Lutecia* ó *Leucotetia*, fundada mucho tiempo antes de Julio César, pero que, circunscrita en la isla de la *Cité*, fué contada en el número de las pequeñas plazas fuertes hasta el siglo IV y aun más tarde. Juliano residió en ella, y engrandeció y embelleció esta ciudad, cuyos habitantes le agradaron por la gravedad filosófica de su porte. Había además los *meldos* con *Meaux*, el antiguo *Jutinum*; los *carnutos*, cuyo territorio abrazaba las ciudades de *Autricum*, hoy día Chartres, y *Genabum*, gran plaza de comercio, llamada después *Civitas Aurelianorum*, el Orleans moderno; los *senones*, antiguos conquistadores de Italia y de la misma Roma, y que además de *Agendicum*, *Provincis*, y *Senones*, *Sens*, poseían á *Anstissiodorum* ó Auxerre; por último, los *tricases*, cuyo lugar principal, después del nombre romano de *Augustobona*, tomó el del pueblo, y es hoy día la ciudad de Troyas en Champaña.

La *segunda Lionesa*, que así corresponde á la antigua provincia de Normandía, tenía por capital á *Rotomagus* ó Ruan, habitada por los *veliocasses*, cuyo nombre, un tanto alterado, se ha conservado en el de Vexín. Los otros pueblos eran los *abrincaats*, cuya capital *Ingena*, según d'Anville, corresponde á Avranches; pero Mannert, apoyándose en Ptolomeo, la coloca mucho más al este; los *unellos*, en el Cotentín, donde poseían las ciudades de *Crociatonum*, Carentan, y de *Cosidia*, Coutances, como lo manifiestan los itinerarios: la fortaleza de *Constantia*, colocada aquí por d'Anville, según un testigo ocular estaba en la desembocadura del Sena; los *badiocasses* ó *baiocasses*, con su ciudad de *Bajoce* ó Bayeux; los *lexovios* con *Naviomagus*, después Lisieux; los *caletos*, cuyo lugar principal era *Juliobona* ó Lillebonne; los



*eburovices*, que tenían por capital á *Mediolanum*, hoy día Evreux.

D'Anville ha empleado toda su erudición en demostrar que los *biduquesios* de Ptolomeo, situados por este geógrafo en la costa septentrional de la Bretaña, deben colocarse en Normandía, en las cercanías de Caen, donde se han encontrado monumentos romanos en un lugar llamado Vieux. Pero Monert ha defendido la exactitud de Ptolomeo sobre este punto, y bien satisfactoriamente á nuestro entender.

La *tercera Lionesa* principiaba en las cercanías de Tours, extendiéndose por toda la península de Bretaña, casi desconocida enteramente en la geografía sistemática de Estrabón, pero que describió el primero Mela de un modo muy conforme con la verdad. Hé aquí los pueblos de esta provincia: los *turonos* ocupaban la Turena con *Cæsarodunum*, que en la edad media tomó el nombre del pueblo, y es hoy día Tours; los *andecavos* ó *andes* poseían á *Juliomagus* ó Angers; los *cenomanos* habitaban el Maine con *Vindinum*, en el día el Mans; los *diablitas*, y también *diablintes* ó *diablindos*, tenían por lugar principal á *Næodanum*, que existe todavía, con el nombre de *Jubleins*, al este de Mayena. En la península encontramos á los *redones*, que Ptolomeo coloca en el centro de las Galias, pero cuya capital, *Condate*, es sin duda alguna Rennes. Al sur de los redones habitaban los *namnetes*, llamados *samnitae* por Ptolomeo, que coloca muy lejos de allí, y al nordeste de los cenomanis, otra nación de los *namnetes*, y la ciudad de *Condivicnum*: es, pues, muy dudoso si este nombre conviene á Nantes, indicado de un modo más cierto con los de *Civitas* ó *Portus Namnetum* (1). El geógrafo de Alejan-

(1) D'Anville. Mentille y Gosselin están de acuerdo en dar á Nantes el nombre de *Condivicnum*.

dría señala todavía en la desembocadura del Vilaine un puerto llamado *Portus Brivates*, que perteneció más tarde á visigodos, y que por consiguiente no estará más distante del norte: es el pequeño puerto marítimo que hoy día llamamos Croisic. Los *venetos* extendían sus dominios sobre las costas del Morbihan y sobre las islas *venéticas*, uno de los sitios del culto de los druidas: la ciudad de Vannes, conocida por el nombre de *Dariorigum*, recibió más tarde el de *Venetos*, y sus grandes pero informes buques les ponían en comunicación con las islas Británicas. Los *osismios* ocupaban la extremidad de la península con el puerto *Gesocribate*, luego Brest, y el promontorio *Gobæum*, que se toma generalmente por el cabo Mahé; su capital tenía el nombre de *Vorganium*, y su isla *Sena*, ó de los Santos, era el santuario de un oráculo con nueve sacerdotisas, á quienes se atribuía el poder de curar los males sin remedios, de excitar y calmar las tempestades y de transformarse en toda clase de animales. La costa septentrional de la Bretaña pertenecía, según Ptolomeo, á los *bidukasses*, que acaso son los *biducesios* (2). Al sur de estos pueblos, César nombra los *curiosolitas*, que tenían por lugar principal á *Corsilium*, cuyos restos se cree haber descubierto en Corseul, cerca de Dinan.

Todas las comarcas vecinas al mar eran llamadas *apemóricas*, nombre celta que significa marítimas. Este renombre, que Plinio confunde con la Aquitania, lo conservaron en particular las costas que se extienden desde la desembocadura del Loira hasta la del Sena. Llamábaselas ya *Armórica*, ya *Armoricanus Tractus*. A principios del siglo quinto, quedaron en-

(2) Creemos que será este un error de Ptolomeo seguido por Malte-Brun. Los *biducesiens*, parecen ser los *viducasses*, que poblaban la baja Normandía.—E. C.



teramente independientes de los romanos, y el ducado de Bretaña fué un resto de la Armórica independiente; pero el dialecto céltico, que se ha conservado en aquella provincia, no parece presentar, por desgracia, más que una mezcla confusa del celta propiamente dicho, del idioma belga, que hablaban las bretones insulares que allí se refugiaron, y de la lengua latina, extendida ya por todas las Galias.

La Galia béglica presenta cinco grandes subdivisiones, que vamos á recorrer desde el oeste al este. La segunda Béglica se ofrece la primera. En ella se hallaban los *ambianos*, que han dejado su nombre á la ciudad de Amiens, antiguamente *Samaro-Briva*, esto es, Puente-sobre-el Soma. Los *atrebatos*, cuyo lugar principal *Nemetacum* es el Arras moderno, fabricaban ya paños muy estimados; los *bellovacos*, que ponían en campaña 100,000 hombres, que no estaban probablemente encerrados en los límites del Beauvoisis moderno, y que tenían entonces por lugares principales á *Bratuspantium*, cuya existencia, hasta el siglo once, parece probada, y luego *Cæsaromagus*, ó Beauvais. Las tres naciones que acabamos de nombrar parecen, por lo que dice César, haber formado el *Belgium* propiamente dicho. Los *morinos*, que Virgilio llama los más remotos de los hombres, habitaban sin embargo la costa vecina del estrecho de Calais, y en su país se encontraban el puerto *Itius*, ó Wissan, de donde partió César para su segunda expedición á la Gran Bretaña; y *Gessoriacum*, que en el tercer siglo llevaba el nombre de *Bononia*, de donde se ha formado Boloña (Boulogne). Los *nervios* se extendían por todo el Henao y en el mediodía de Francia, siendo sus ciudades Cambrai, *Camaracum*, Tournai, *Turnacum*, y Bavai, *Bagacum*, la más antiguamente conocida de las tres.

Por su poder y su constitución política tenían tantas analogías con los lacedemonios, que eran llamados los espartanos de la Galia. Algunas pequeñas tribus, dependientes de ellos, poblaban probablemente la costa de la Flandes actual, que fué llamada *Nervicanus Tractus*. Más tarde toda la costa desde el Sena hasta el Escalda recibió de los sajones, que la invadían continuamente, el nombre de *Littus Saxonicum*; pero el sentido de esta palabra debió variar á medida que era invadida por los piratas, para quienes era un juego cortar las olas espumosas en una barca de cuero; que miraban el naufragio como un ejercicio, mas bien que como un peligro, y entre los cuales todos los que estaban á bordo eran, según las ocasiones, á la vez marinos y guerreros, jefes y soldados.

Volviendo al mediodía encontramos á los *veromanduos*, cuyo lugar principal llevaba el título de *Augusta*, y es la villa de Vermand, al sur de San Quintín, en el Vermandes. *Augusta Suessionum* era la capital de los *suessiones*, y tomó luego su nombre, del que se ha formado Soissons. Los *remos*, que se habían mostrado amigos de los romanos, vieron prosperar por el favor de sus vencedores á su capital, llamada Reims, y en celta *Durocortorum*, metrópoli de la segunda Béglica, y sede de las letras y de las artes. Algunas sangrientas batallas hicieron célebres las llanuras vecinas de Châlons, llamada entonces *Catalauni*.

La primera Béglica tenía por capital á *Augusta Treverorum*, que, á ejemplo de muchas otras ciudades, desechó bien pronto el sobrenombre que la lisonja le había impuesto, para llamarse simplemente *Tréveris*. Esta ciudad era el cuartel de los generales que mandaban en el Rhin, y á menudo residencia temporal de los emperadores; y por sus escuelas, sus manufacturas, sus graneros y sus ar-



senales, llegó á ser en el siglo III la ciudad más importante de las Galias, bien que *Metis* ó Metz, llamada entonces *Divodurum*, capital de los *mediomatricos*, la aventajaba tal vez por el esplendor de sus edificios, de su naumaquia y de su acueducto. Hallamos finalmente á los *leucos* y á los *verodunenses*, que poseían á *Tullum*, Toul, y *Verodunum*, Verdun, capitales menos brillantes.

Entre la Bélgica y el Rhin se extendía una línea militar llena de fortalezas, y ocupada continuamente por dos ejércitos romanos, en la cual se asilaban algunas poblaciones germánicas que se ponían voluntariamente á sueldo de los romanos, que podríamos comparar á los cosacos llamados en Rusia fronterizos. El Mosela separaba probablemente los distritos militares, de los cuales el uno recibió el nombre de *Germania superior* ó *prima*, y el otro el de *inferior* ó *secunda*, denominaciones desconocidas de Plinio y no empleadas nunca por Tácito; pero que en el segundo ó tercer siglo, á lo menos con respecto á la administración civil, fueron separados de la Bélgica y formaron dos provincias. Los *menapios* y los *toxandros*, en el Brabante actual; los *tungros*, en el país de Lieja; los *ubios*, á lo largo del Rhin; eran los principales pueblos de la Germania inferior, á los cuales podríamos también añadir los *bátavos*, como aliados de los romanos, siendo su metrópoli *Polonia Agrippina* ó Colonia. El bosque *Arduenna* ocupaba un espacio de 150 millas romanas entre los tréveros y los nervios. En la Germania superior encontramos, del norte al sur, los *vangiones*, los *nemetes*, y los *tribocos*, cuya capital *Moguntiacum* ó *Maguntia*, Maguncia, que es probablemente la *Magetobria* de César, fué por largo tiempo el baluarte del imperio romano. Ptolomeo es el primero que nombra á *Argentoratum*, llama-

mado en la edad media *Strateburgum*, ó Estrasburgo.

La provincia *Máxima Sequanorum*, esto es, la gran *Sequanesa*, encerraba tres pueblos, á saber: los *rauracos*, que tenían por lugar principal á *Augusta*, cuyos restos se han encontrado junto á Asgut, pueblo del cantón de Basilea; los *helvéticos*, que, regresando en pequeño número de su incursión á la Galia, no pudieron volver á poblar su antiguo territorio, que bañaba por un lado el *lacus Venetus*, hoy día lago de Constanza, llamado *Acronius* en su parte interior, y por el otro el *lacus Lemanus*, lago de Ginebra, separado de los sequanos por el monte Jura. Avenche, en el cantón de Vaud, derrama alguna luz sobre el nombre de *Aventicum*, lugar principal de la Helvecia romana; y se reconocía todavía *Turicum* en Zurich, *Salodurum* en Soeura, y la *Colonia Equestris*, por otro nombre *Noiodurum*, en Nyon; pero parece que los altos valles no fueron enteramente conocidos de los romanos. ¿Acaso tenía en ellos el invierno su eterna morada? ¿O tal vez la libertad perdida en la otra parte del Rhin y del Tanais había encontrado un asilo impenetrable para los procónsules y para los procuradores de los Césares? Todas las investigaciones dirigidas á encontrar la posición exacta de los cuatro cantones, llamados *Urbigenus*, *Tigurinus*, *Tugenus*, y el de los *ambrones*, han sido infructuosas, á no ser la tercera, que parece, sin duda alguna, corresponder á Zug.

La oscuridad que impera en las noticias de los romanos acerca de la áspera Helvecia no debe extrañar á nadie; pero ¿que dirán los ciegos admiradores de los geógrafos de la antigüedad cuando se les pregunte por qué el país de los *sequanos*, «uno de los más hermosos de la Galia,» según César, ha quedado más desconocido que la misma Helvecia? El



*Arar*, llamado después *Sauconnao* y Saona, le bañaba al oeste; el Rhin, y más tarde el monte *Voges*, ó Vosgos, lo terminaba al norte, y el Jura al este: sólo alcanzaba al Ródano al mediodía por una orilla; el río *Dubis* ó Doubs le atravesaba, y formaba una península en donde se elevaba *Vesontio*, hoy día Besanzón: esto es lo que hay de cierto. Adivinanse, á más, algunas posiciones, tales como *Didattium* ó Dola, *Arborosa* ó Arbois, y *Ariorica* ó Pont Arlier; pero, por lo que hace al conjunto, esta importante provincia era muy poco conocida.

La *Galia narbonesa*, que se extendía por el Ródano y el Mediterráneo, es la única parte en que la geografía de los romanos se presenta completa, ya que por su cultura floreciente, por las costumbres y el mérito de sus habitantes, por el lustre de sus riquezas, era la Narbonesa más bien una segunda Italia que una provincia. Contábanse cinco subdivisiones á la vez: la *Narbonensis prima*, que correspondía, poco más ó menos, al Languedoc moderno, era en su mayor parte habitada por dos pueblos: los *volcas arecómicos* hacia el Ródano, y los *volcas testósagos* hacia el Garona, que algunos han pretendido ser belgas y no celtas; pero en esto nada hay de cierto. Entre los primeros florecía *Nemausus*, hoy Nimes, ciudad que por sus edificios y por los privilegios de sus ciudadanos reproducía á Roma en las Galias; y *Narbo*, lugar principal de la tribu de los *eclecyses*, sobrepujaba entonces á *Nemausus* por la extensión de su comercio, que perseveró todavía en tiempo de la decadencia de los romanos, reuniendo en su puerto flotas mercantes de todo el Mediterráneo. *Bætterra*, Beziers, recibió de la séptima legión que le guarnecía el sobrenombre de *Septimanorum*, de donde se extendió entonces la denominación de *Septimania* por la vecina comarca, y en

tiempo de los visigodos por toda la provincia. *Tolosa*, capital de los *tectosagos*, mucho tiempo antes de los romanos se había enriquecido por medio del comercio; así es que el *oro de Tolosa*, tan funesto á Cepión y á sus compañeros de botín, fué encontrado en rieles, y no había podido ser sustraído al templo de Delfos, de que nunca llegaron los galos á ser dueños.

Los *sardones*, que ocupaban el Rosellón, eran un resto de la antigua nación de los *bebryces*, cuyo nombre se encuentra también en Tracia, y sobre cuyas emigraciones carecemos de indicios.

La provincia llamada *Vinnensis* empezaba en el lago Lemán y terminaba en las bocas del Ródano. *Vienna*, de donde tomaba el nombre, y que en el siglo tercero llegó á ser capital de las Galias, famosa por la muralla de César; y *Gratinópolis*, Grenoble, cuya identidad con *Cularo* no ha sido demostrada todavía; pertenecían á la comarca de los *alobroges*, nación belicosa, separada de la de los *segusios* ó *segusianos* por el Ródano; y entre el Durance y el Drôme se encontraban los *vocontios*, que poseían los territorios de *Dea*, Die, y de *Vasio*, Vaison, cuya parte oriental tenía ya en el siglo cuarto el nombre de *Sapaudia*, ó Saboya. Entre otras pequeñas naciones se encuentran los *cabaros* con *Arausio*, Orange, y *Avenio*, Aviñón. La colonia *Arelate*, hoy día Arles, llegó á ser muy floreciente en los siglos segundo y tercero; de modo que por todas partes desaparecía la insalubridad de las lagunas ante el poder y la industria. Todos los antiguos han admirado el campo de piedras, en el día llanura de la Crau, acerca de la cual había dicho el poeta Esquilo que Júpiter hizo llover estas piedras para suministrar armas á Hércules contra los ligurios; pero Posidonio pensaba que Júpiter debió acudir mejor



á la venganza de su hijo querido dejando caer directamente aquellas piedras en la cabeza de sus enemigos.

La antigua *Massilia*, Marsella, que hemos nombrado ya bastantes veces en el curso de nuestras investigaciones, era una ciudad independiente de la provincia romana: y aunque nunca estuvo adornada de soberbios edificios, merced á una sombra de libertad que gozaba, pudo alimentar el gusto de las letras, el amor al estudio; en una palabra, aquel noble espíritu de Grecia que tan sólo fué conocido por un corto número de romanos.

Terminaban la Galia tres provincias menores: la *segunda Narbonesa* con *Forum Jullii*, Frejus, donde había un puerto artificial que contenía una flota romana; la provincia de los *Alpes marítimos*, que se extendía desde el Mediterráneo hasta el monte Cenis, y en la que se encontraban los *vediantios*, que poseían el puerto de *Nicea*, Niza, y los *caturigés*, en cuyas tierras estaban *Ebrodunum*, Embrun, y *Brigantio*, Brianzón; y la de los *Alpes griæ*, que contenía las fuentes del Ródano, y en la que no se hallaban sino pueblecillos de montañeses. En la *segunda Narbonesa* estaban los *salyes*, que ocupaban las costas de Provenza con sus numerosas tribus, entre las cuales se contaban los *tricornios*, con su ciudad de *Vapincum*; Gap, los vulgientes, con *Apta Julia*, Apt, y los *sueltros*, con *Antipolis*, Antibes.

Los conocimientos de los romanos acerca de la geografía física de la Galia habían progresado considerablemente; y, aunque los poetas continuaron representando como muy frío este país, los autores instruídos sabían que, cultivado con esmero, el rico territorio de la Galia septentrional producía abundante cosecha de toda clase de cereales. Muchas especies de trigo y centeno eran peculia-

res de este país, que contribuía á proveer á Roma; los grandes propietarios de bienes raíces en la Galia usaban instrumentos de agricultura muy perfeccionados, sirviéndose, para abono, de la marga, y hallándose muy generalizado el cultivo del lino.

Plinio asegura que la vid, la higuera y el olivo no habían pasado la barrera de los Alpes en tiempo de la grande emigración de los pueblos celtas, hacia el año 400 antes de J. C.; pero en su tiempo se cosechaban ya en toda la Narbonesa vinos de diferente calidad, que algunas veces echaban á perder queriendo concentrarlos por medio del humo. Todos los planteles de viña de la Narbonesa eran originarios de *Alba Helviorum*, que es el Alps en el Vivarés, lo que hace creer que la viña era indígena en Francia; pero Plinio habla también de las viñas *bitúricas*, ó de Berri: de este modo el permiso de tener viñedos, concedido á los galos por el emperador Probo, no puede entenderse más que de la *Lugdunense* y de la *Bélgica*, en donde hasta entonces no conocían otras bebidas que el aguamiel y la cerveza, ó tal vez la cidra. La lana de los carneros era grosera. Consumíanse en Roma gran cantidad de perniles y salchichas de la Galia. En los bosques de este país la encina sagrada crecía al lado de los álamos y de los olmos, y el boj de los Pirineos era muy estimado; algunos ríos arrastraban lentejuelas de oro, y los *rhutenos* en el Rouerga explotaban minas de plata, bien que el hierro parece haber sido el metal más conocido. Los galos habían inventado una mezcla de cobre y de estaño parecida á la plata, con la que fabricaban los adornos de sus arneses y carruajes, y entre otras manufacturas tenían mucho vidriado.

Pero esta civilización, debida á la cesación de las guerras intestinas, data



sólo de la época de la dominación romana, puesto que un solo siglo antes los celtas eran los más groseros entre todos los bárbaros.

Sus *druídas*, que junto con los nobles tenían al pueblo esclavizado, eran sacerdotes de una religión tan sanguinaria como la de Odino, pero cuya moral y mitología, que nos dan á conocer escasamente algunos pequeños indicios, no ofrecieron, según buen discurso, el conjunto poético de la doctrina de los escandinavos. Los extranjeros eran inmolados sin distinción en los altares de las divinidades célticas; sacrificábanseles también todos los criminales, que se encerraban en una gran figura rodeada de fuego; y en sus humeantes entrañas buscaban los druidas el augurio de los éxitos de la guerra. El solo rasgo interesante que nos presenta la religión druídica, es la opinión que, admitiendo la inmortalidad de las almas, les señalaba por morada, no el sombrío reino de Plutón, sino la inmensidad de los aires y las nubes errantes.

Los celtas hicieron temibles sus armas hasta á los mismos romanos: desnudos hasta la cintura, con una inmensa espada de cobre en la mano, se precipitaban al combate con extremado furor, pero sin disciplina y sin orden, de suerte que el menor contratiempo cambiaba su audacia en cobardía. Al empezar la batalla valían más que hombres: al fin eran á menudo menos que mujeres. Por confesión de sus mismos vencedores, demostraban una singular aptitud para aprender el arte de la guerra, y sus fortalezas no eran en verdad para desdeñadas.

Su traje ordinario era un manto corto, que llamaban *sagum*, una jaqueta ó *palla*, y pantalones llamados *bracca*, cuyos brillantes y abigarrados colores halagaban la vanidad de sus dueños; pendía de su cuello una cadena de oro ó de metal dorado, y el oro brilla-

ba todavía en su armadura y los arneses de sus caballos. En la parte de la Galia libre antes de la invasión del César, llevaban los cabellos flotantes sobre las espaldas; de lo que los romanos tomaron pie para llamar á esta parte *Gallia comata*, Galia cabelluda; al paso que la provincia Narbonesa, ya conquistada, era denominada *Gallia baccata*, Galia con bragas ó calzas; mientras el norte de Italia, ocupado en parte por pueblos celtas ya casi convertidos en romanos, recibió el nombre de *Gallia togata*, Galia togada.

No entraremos en la discusión, no muy averiguada, de las dos cuestiones siguientes. ¿La lengua latina reemplazó á la céltica en toda la Galia? Y ¿en qué época tuvo lugar esta sustitución? Parécenos que los galos, admitidos temprano en los derechos de la ciudad romana, y dedicados ya en el primer siglo al estudio de lengua latina, olvidarían su idioma; y sólo á este precio pudieron adquirir la gloria de pasar por elocuentes en latín. El uso de los caracteres griegos, que se ha querido atribuir á los antiguos celtas, no supone el empleo común de la lengua griega, que un autor juicioso les niega positivamente; pero es probable que las *runas célticas*, si es verdad que los druidas las tuviesen, se asemejaban, como todas las runas, al antiguo alfabeto griego.

Los celtas, como los demás pueblos del norte, eran aficionados á las carreras de caballos, á cazar y á nadar, y, á diferencia de los romanos, comían sentados. Después de la comida, se ejercitaban en combates simulados, que frecuentemente tomaban un carácter serio. Los funerales se celebraban con pompa; se arrojaban á la hoguera los objetos más estimados del difunto, y no era raro ver que en él se precipitasen los amigos y esposos para acompañar al otro mundo á aquellos



cuya pérdida lloraban. Es imposible distinguir, en las relaciones de los antiguos, lo que pertenece á la Galia, todavía independiente, de lo que abraza la Galia que se hizo romana, y es, además, difícil conciliar entre sí las diversas pinturas que se han trazado sobre el carácter de los galos, á quienes los historiadores romanos echan en cara su ferocidad, su mala fe, su anhelo de botín, su embriaguez y muchos otros vicios; bien que esta pintura pertenece al siglo en que para beber se servían de los cráneos de sus enemigos. Más tarde, parece que se les acusaba principalmente de inconstancia, que llegaba á adormecer su denuedo, y de una jactancia que se desahogaba en un flujo de vanas palabras; por lo que un autor pretende explicar su carácter en tres vocablos, que literalmente significan: *frívolo, débil y arrogante*; pero el sesudo Juliano, que había gobernado á los galos, hace justicia á su conducta leal y noble altivez.

Los geógrafos romanos conocieron aún la España mejor que los griegos; consecuencia necesaria de los progresos de la civilización de este país. En *Tarraco* y *Cartago Nova*, cuya grandeza había ido en aumento, residían de ordinario los pretores que gobernaban la España citerior ó *provincia Tarraconense*, en la que Plinio contaba setenta y nueve ciudades de primer orden. En la misma costa se hallaba *Setabis*, hoy día Játiva, nombrada por sus manufacturas de telas finas, mientras que los *laletanos*, en los alrededores de *Barcino*, hoy Barcelona, cosechaban vinos muy apreciados en Roma; y que en las hermosas orillas del *Iberus*, ó del Ebro, se elevaba *Cesar-Augusta*, hoy Zaragoza, que eclipsaba á todas las demás ciudades del interior. La antigua Celtiberia, sin ciudades populosas, pero ricas por sus verjeles, encinares y minas de hierro, ofrecía

halagüeños retiros al amante de la naturaleza, y era en ella célebre la ciudad de *Bilbilis* (¿Bilbao?) por el excelente acero que fabricaba. Las famosas minas de plata de España, á poca distancia de Cartago Nova, ocupaban á 40,000 trabajadores: daban un beneficio de 25,000 dracmas por día. *Toletum*, capital de los *carpetanos*, se hizo memorable por sus trabajos de acero; Plinio alaba la magnificencia *Asturica*, ciudad principal de *Asturias*; y en el país de los *gallecos* se distinguía á *Bracara-Augusta*, Braga.

Los pueblos del norte de España habían resistido denodadamente, á los romanos y no fué sólo Numancia la que prefirió la ruina á la esclavitud; pues entre los cántabros se había visto á una madre matar á su hijo antes que dejarlo caer en manos del enemigo, y un hijo tomar una espada, siguiendo el mandato paterno, y dar á sus padres encadenados la muerte y la libertad á un tiempo. Aun espirando en la cruz, entonaban los prisioneros españoles cantos de guerra y desafiaban á sus verdugos. Las asociaciones de vida y muerte abrazaban á menudo á millares de hombres, sin que nunca se viese á un hermano de armas sobrevivir á los demás. Pero las colonias romanas, derramadas por las provincias, acostumbraron á estos salvajes al yugo á que estaba sujeto el resto de Europa. Los *lusitanos*, en otro tiempo dados al pillaje, se dedicaban á la agricultura; *Olysipo*, primer origen de Lisboa; *Conimbrica*, ó Coimbra; *Salmantica*, la Salamanca actual; *Emérta*, hoy día Mérida, nombrada por sus delicadas aceitunas; y *Pax Julia*, ó Beja; eran las ciudades principales de la provincia, en donde, como en Galicia, abundaban el estaño y otros metales. La fertilidad de la Bética, sus minas de oro, sus colinas pobladas de olivos, sus ganados cubiertos de un toisón naturalmente dorado, todo esto era conocido de Estrabón, no



menos que otras magníficas ciudades de esta provincia, como *Córdoba* (Córdoba), patria de los Sénecas y de Lucano; *Hispalis* (Sevilla), á la que colocó el comercio en primer orden; y la voluptuosa *Gades* (Cádiz), que suministraba á los afeminados romanos las más lúbricas bailarinas.

Como nuestro objeto es trazar una historia de los conocimientos geográficos, y no un sistema completo de geografía antigua, no nos detendremos en señalar minuciosamente todas las variaciones

que han tenido lugar; y, si con respecto á la Galia nos hemos tomado alguna libertad en este punto, es excusable por el interés particular que nos inspira esta comarca, y que no debemos extender á los demás países conocidos de los romanos. Por otra parte, Italia y Grecia, únicos países que nos faltaría recorrer, ofrecen de particular que la antigua topografía no puede ni debe separarse de la geografía moderna.







## LIBRO DÉCIMOTERCERO

Marino de Tiro.—Ptolomeo: análisis de su geografía.—Investigaciones relativas á la situación de Thinas (Thinæ) y de la Sérica.

**A**CABAMOS de seguir á los romanos en sus descubrimientos geográficos en África, Asia y Europa, sirviendo de base la obra de Plinio, con algunas noticias debidas á las expediciones de Trajano en el Oriente y á las de Severo en el norte, y además algunos viajes comerciales del siglo once; de manera que nuestros cuatro libros precedentes ofrecen el conjunto de la geografía histórica anterior á la decadencia del imperio romano. Antes de describir la gran revolución causada por las emigraciones de los pueblos, es preciso dar una mirada á los últimos trabajos de los geógrafos griegos y romanos.

Estrabón y Plinio desprecian los en-

sayos imperfectos de Hiparco, sin intentar siquiera dar á su geografía una base matemática, fijando las posiciones terrestres por medio de la observación de los cuerpos celestes, y guiándose solamente por las medidas itinerarias y algunas observaciones de latitud. Ningún vestigio de geografía matemática se encuentra en los monumentos que nos han dejado los romanos, es decir, en los *itinerarios* ó indicaciones de los caminos y sendas de todas las provincias del imperio romano, que se dividían en dos clases, distinguidas por Vegecio con los nombres de *annotata* y de *picta*, que significa escritos y dibujados. Los primeros no contenían más que los nombres de los lugares y